

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en París.

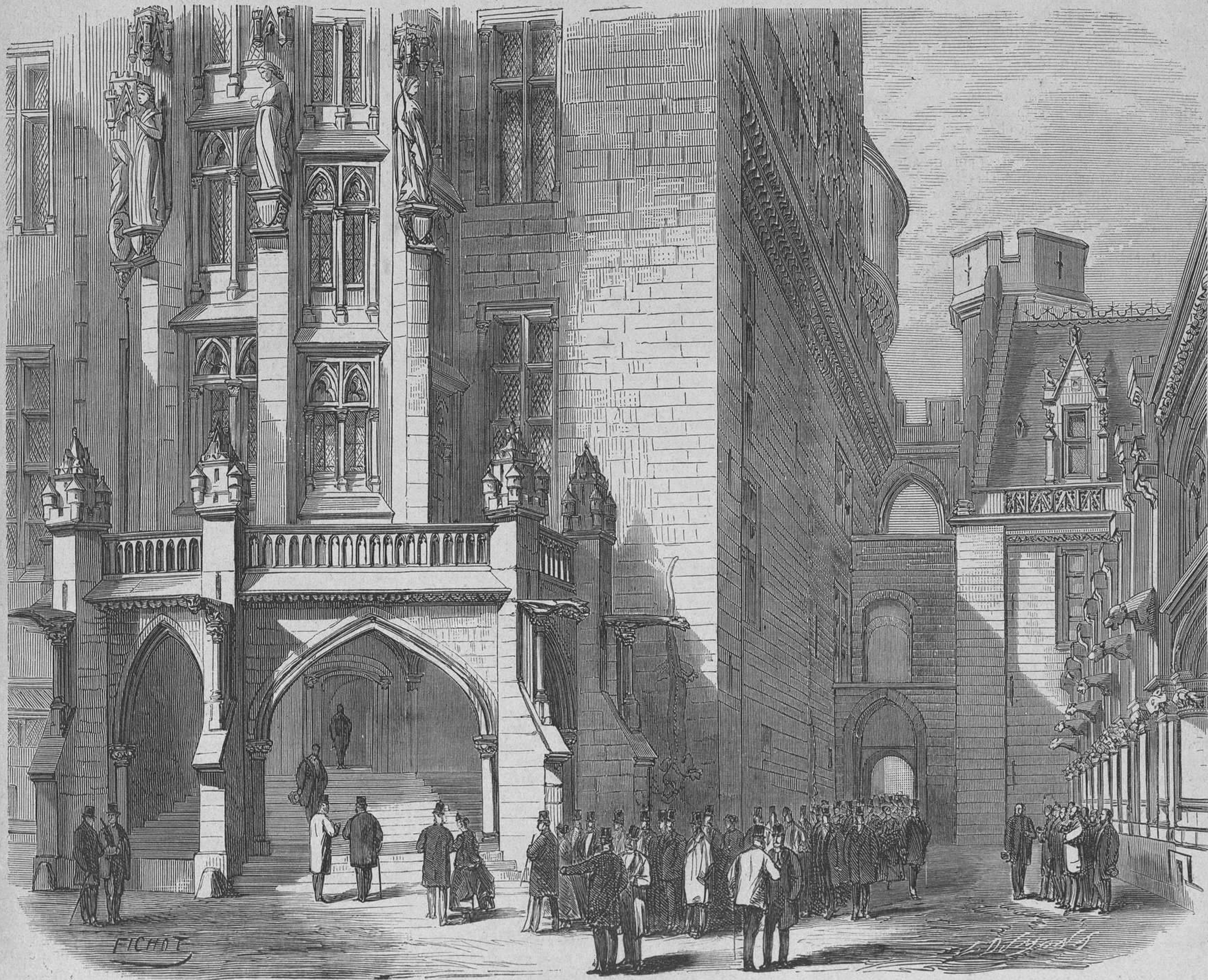
AÑO 26. — N° 777.

SUMARIO.

El emperador de Austria en Pierrefonds; grabados. — Una historia de pescadores. — La Crítica. — Pierrefonds; gra-

bado. — Revista de París. — Poesías. — El general Menabrea; grabado. — Sucesos de Italia; grabado. — Oliverio, novela escrita en inglés por Cárlos Dickens. — Revista de la

moda. — Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag. — Problemas de ajedrez; grabado. — M. Duchatel; grabado.



El emperador de Austria en Pierrefonds. — Su Majestad entrando por la escalera de honor.

Una historia de pescadores.

Mal haya el insensato que lanzó la primera tabla en el Océano y se colocó en ella.

TRUEBA.

Extiéndese entre las desembocaduras del Guadalquivir y Tinto una extensa playa, conocida con el nombre de Arenasgordas, cuya monótona soledad solo es interrumpida por pequeños grupos de chozas pertenecientes á pescadores que ejercen su profesion en aquel trozo de costa.

El mar cubre y abandona alternativamente aquella playa, unas veces llamada y sosegadamente, otras mugiendo y lanzando espumas y despojos.

Paralelamente á la orilla, y á poca distancia de ella, corre una cadena de elevados y blancos médanos, cuyos piés se hallan cubiertos de trecho en trecho por una vegetación raquílica y parázuca.

Como á dos leguas de la desembocadura del Guadalquivir ábrese paso hácia el mar un pequeño arroyo formado por las aguas que continuamente filtran las arenas de las demás, y que siendo de alguna profundidad presenta un abrigo seguro á las barcas de los pescadores.

Habitán estos una docena de negras chozas construidas en la orilla del arroyo, entre las que se distingue una por sus mayores dimensiones, y por tener una cruz sobre su puerta.

Hácia la caída de una hermosa tarde me dirigia al sitio que os acabo de describir, y al hallarme próximo á él, llamó mi atención un pequeño monumento, blanco como la espuma que las olas arrojaban á su pié, y construido en el extremo de una lengua de arena que adelantando hácia el mar, cierra hasta su mitad la boca del arroyo.

Un pedestal como de dos varas de altura perfectamente enalado, sostenia una especie de nicho cubierto de cristal por la parte que miraba al mar, y que contenia una imágen de la Virgen del Cármen y un cuadro manuscrito que supuse ser una oracion piadosa.

Exteriormente se hallaban colocados dos grandes faroles, que en el momento de llegar yo, se disponia á encender un hombre de edad muy avanzada y vestido con el traje general de los marineros.

Me saludó con una cortesía poco comun entre los de su clase, y me habló en términos que me hizo comprender, que aunque pobre y marinero, debia haber tenido roce con personas distinguidas.

Preguntéle con qué objeto se habia construido aquel monumento, y señalándome la choza que tenia la cruz, me dijo:

— Aquella choza y este sepulcro (porque aquí yacen cuatro personas) forman una historia triste y larga, pero de poca importancia para las personas que como vos viven en el bullicio de las poblaciones, y solo saben que existe el mar cuando buscan distracción en un paseo por su orilla.

— Os equivocáis, buen hombre, le contesté, soy oficial de marina, y por desgracia ni vivo en el bullicio de las poblaciones, ni ignoro lo que es el mar.

— Si es así, tendré mucho gusto en recitaros esta historia; no extrañéis en mi lenguaje una cultura poco en armonia con mi traje; ya os descifraré este enigma.

Al terminar estas palabras se hallaban encendidos los dos faroles, me invitó el anciano con un gesto á que tomase asiento al pié del sepulcro, lo hizo él colocándose á mi lado, y con voz pausada empezó del siguiente modo:

— Hace algunos años vivia en esa choza un matrimonio tan honrado como feliz. Verdad es que Jorge veia todos los dias expuesta su vida, y que Marta rezaba muchas noches con los ojos llenos de lágrimas para que su esposo arribase con felicidad á la playa.

Los peligros, el mar y la muerte aterrorizan á todos los hombres; para los pescadores los peligros son su vida, el mar su elemento, la muerte su compañera. Por eso os digo que Marta y Jorge eran felices.

Bajo aquel pobre y benéfico techo se albergaban otros dos seres, Juan y Angela, hijos ambos de Marta y Jorge. Contaba trece años el primero, y aun no habia cumplido uno la segunda.

La venida al mundo de esta última ocasionó á su madre una enfermedad mortal, de la que salvó milagrosamente, pero dejando en aquella infeliz el germen de un padecimiento tan mortal como el primero. A poco tiempo se presentaron los síntomas de la tís, y de dia en dia el estado de Marta era mas deplorable.

Ni ella ni Jorge habian llegado aun á esa edad en que los años gozando de su triste privilegio, infunden veneracion y cariño; y sin embargo, eran respetados y queridos de todos. Y es porque no habia uno solo que no le debiese algun beneficio. Ambos eran el apoyo y consuelo de los pobres pescadores de estas chozas.

Si los temporales impedian salir á estos á ejercer su profesion, y la necesidad como consecuencia de ello venian á llamar á sus puertas, los ahorros de Jorge y Marta se ponian á disposicion de aquellos, y mas de una vez al apagar su hambre estos pobres con aquel salvador auxilio, bendecian las almas bondadosas que tan espontánea y caritativamente se lo proporcionaba.

Si algun pescador se encontraba enfermo, Marta no se separaba de su cabecera, y Jorge facilitaba las medicinas que eran necesarias.

Hace dos años, se experimentó en estas costas un invierno terrible; los temporales se sucedian unos á otros, el mar siempre furioso hacia imposible la pesca y la miseria mas desconsoladora reinaba en este pobre aduar.

Jorge, aunque con mas recursos que todos los demás, veia tambien aproximarse el hambre.

Los auxilios que habia prestado á los otros, la paralización forzosa en que se encontraba, y mas que nada los enormes desembolsos que la enfermedad de su esposa le causaba, habian agotado por completo su reducido capital.

La tís hacia rápidos progresos en Marta, su mortal cuchilla gastaba por dias aquella naturaleza ya delicada, la vida se consumia lentamente, y en vano procuraba alimentar á aquella criatura pedazo de sus entrañas, que hambrienta y extenuada procuraba inútilmente encontrar jugo y vida en sus maternales pechos.

Mal podia dar vida la que por momentos perdía la suya.

La tierna Angela se consumia, y tomaba por dias el aspecto de un cadáver.

Llegó un dia en que Jorge no tenia ni aun para adquirir los medicamentos mas indispensables.

Los alimentos eran escasos y malos.

Los temporales no acallaban su furia, y Marta y su hija caminaban al sepulcro.

Jorge lo veia, y ante la idea de que un poco de dinero salvaria la vida de ambas, su imaginacion se extraviaba.

Pasaba horas enteras contemplando la furia de las olas, estudiando los nubarrones, preguntando al horizonte.

Y las olas, las nubes y el horizonte parecian mofarse de su pena haciéndole ver lo imposible de toda tentativa.

A la desesperacion del esposo, al dolor del padre contestaban los elementos con la fatídica palabra: «Imposible.»

Una mortal congoja se apoderaba de él, y desesperado, lloroso, entraba en la choza para aumentar su padecer con los tristes quejidos de su mujer y de su hija.

Una mañana pareció querer abonanzar el tiempo: el viento acalló su furia, y los pescadores vieron despues de muchos dias la hermosa luz del sol.

Pero hartos conocieron todos, que aquello no era sino un ligero descanso que tomaban los elementos, para emprender con mas furia su interrumpida y feroz lucha.

Ninguno intentó poner á flote su barca y lanzarse al mar.

La fiebre entre tanto devoraba á Marta, la vida de su hija se apagaba por momentos: Jorge y Juan desfallecian de hambre.

Para los unos no habia sustento: para las otras no habia medicinas.

Y á aquella misma hora habria millares de poderosos que derrochaban en superfluidades y quizá en vicios, cien veces mas de lo que habria bastado á aquellos infelices.

¡Qué triste y desconsoladora es la pobreza, caballero, y qué dignos de alabanza son las que la soportan con resignacion, y sin lanzarse al crimen!

Jorge vino á la playa, miró al cielo, y en el diáfano azul que el firmamento dejaba lucir entre espesos nubarrones, creyó entrever el dedo de la Providencia que le indicaba el camino de una esperanza bendita.

Llamó á su hijo, y mostrándole alternativamente el mar, el cielo y la choza, le dijo con voz entrecortada por los sollozos:

— Juan, la mar abonanza, el cielo se despeja, tu madre y tu hermana se mueren, pronto quizá les seguiremos nosotros: el dinero puede salvarnos, la mar es lo único que nos lo da, necesito una persona que me ayude á manejar la barca, ¿tienes valor para buscar con tu padre la salvacion de los cuatro?

Juan enjugándose con una de sus manos el torrente de lágrimas que caía por sus mejillas, apretando convulsivamente con la otra la de su padre y arrastrándolo hácia la barca:

— A la mar, padre, á la mar, gritaba, si la mar ha de salvarnos.

Y padre é hijo corrieron á poner á flote la barca que estaba barada.

En vano trataron los demás pescadores convencer á Jorge de la temeridad de su designio; reflexiones, consejos, súplicas, todo fué inútil.

Jorge habia concebido una esperanza, y era preciso realizarla.

¡Esperanza! hermosa palabra á cuyo dulce sonido enjuga sus lágrimas el desgraciado.

¡Esperanza! última tabla de salvacion del que naufraga en esta vida.

Bendita sea la esperanza que consuela y salva. Vos, caballero, lo sabéis mejor que yo: si para todos es un bien la esperanza, si el mundo entero y la religion la erigen en virtud, los que como la gente de mar exponen todos los dias su vida, la erigen en divinidad.

Y sin embargo, esperanza, tú tambien sueles trocar en cruces desengaños la felicidad que los hombres sueñan.

La barca se puso á flote, la vela se dió al viento, y este que arreebaba por instantes, arrastró rápidamente hácia el mar á Jorge y á su hijo.

Todos contemplaban desde la playa con ávidos ojos la frágil embarcacion que, levantada sobre las olas, parecia una gaviota posándose en el mar.

La distancia aumentaba, la vela parecia disminuir de tamaño, despues se vió muy confusa, despues... nada.

Solo señalaban los pescadores el sitio del horizonte por donde habia desaparecido.

Aunque Jorge nada dijo á Marta de su resolucion, no tardó esta en apercibirlo. Su juicio pareció extraviarse, y sus gritos conmovian los corazones.

No se equivocaron los pescadores en su pronóstico.

La bonanza que reinaba desde por la mañana era solo ficticia. La tregua que habian dado los elementos habia concluido.

Semejantes á fieras, el descanso les dió nuevas fuerzas; y mugientes, rabiosos, emprendieron de nuevo su pavorosa lucha.

La noche se presentó con todos los horrores de que puede valerse la naturaleza para anonadar á los mortales.

El viento bramaba con una furia terrible, el mar elevándose en montañas venia á estrellarse contra la playa y rugiendo con imponente estruendo al hallar esta valla, retrocedia arrojando torrentes de espumas.

El cielo estaba como cubierto con una placa de plomo que parecia tocarse con las manos.

La lluvia caía por intervalos arrastrada por el huracan y siguiendo la direccion oblicua que este le marcaba.

De vez en cuando una claridad momentánea y deslumbradora parecia inflamar la atmósfera, el rayo desgarraba el espacio con su siniestro zic-zac, la ronca voz del fragoroso trueno dominaba el feroz mugir del viento, y el terrible bramar del mar, y una oscuridad absoluta, mortal, reinaba despues.

Marta, apenas vestida, mojada y flotando sus ropas, sueltos los cabellos, desencajada por la fiebre y el dolor, corria de un lado á otro de la playa dando alaridos.

— Jorge, Juan, gritaba Marta.

Y el viento contestaba, arrojándola al suelo, con una ráfaga mas violenta que las anteriores.

— Jorge, Juan; volvia á decir Marta.

Y una ola inmensa la contestaba con un rugido, cubriéndola de espuma.

— Jorge, Juan; repetía Marta.

Y el relámpago le hacia ver la negra tumba de su marido y de su hijo; y el trueno ahogaba su voz.

Derribada por el viento, arrollada por el mar, tendida y extenuada en la arena, era acometida por una tos ronca y seca que le hacia lanzar por la boca torrentes de sangre.

Todos los pescadores y sus familias la seguian, se interponian á su marcha, la detenian y le rogaban. Todo era en vano, Marta ni veia ni escuchaba.

De pronto parecia acometida de una idea súbita; corria desolada á su choza, besaba frenética á su hija moribunda, se mesaba con furia los cabellos, y volvia á la playa como una fiera acosada dando nuevos gritos cada vez mas lastimeros y desgarradores.

Y así trascurrieron las horas mortales y lentas de aquella horrible noche.

Mas de una hora debia hacer se hallaba el sol sobre el horizonte cuando empezó á distinguirse la dudosa luz del dia.

Las negras nubes que pasaban huian en torbellinos, dejando ver por intervalos el hermoso azul del cieio.

El viento empezó á calmar su furia; pero el mar continuaba mugiente y embravecido.

A pesar de la escasa luz que reinaba, creyeron distinguir los pescadores sobre el punto en que ahora nos hallamos una barca naufragada.

El mar se estrellaba furioso contra ella, y cubriéndola con su espuma la arrastraba hácia el interior de la costa.

Aquella debia ser la barca de Jorge.

Luchando entre la esperanza y el temor, corrieron hácia este punto.

Marta, á pesar de su estado, les habia adelantado á todos.

De pronto se la vió detenerse, vacilar y arrojarse al suelo. Las desigualdades del terreno impedian distinguirla bien.

Aceleraron su carrera y á poco se presentó á sus ojos un cuadro horroroso.

Bañado por la espuma y abrazado fuertemente á su hijo se hallaba Jorge.

Ambos eran cadáveres.

En el semblante descompuesto y desencajado del padre, se leian bien claras las atroces agonías, la muerte horrenda del ahogado.

En la del hijo nada se veia.

Rota, destrozada por algun choque violento su infantil cabeza, solo presentaba una masa informe de huesos, sangre, cabellos y arena.

A pocos pasos estaba Marta perdido el conocimiento y tendida en la playa.

La levantaron, le prodigaron cuantos auxilios estaban al alcance de estas pobres gentes, y á viva fuerza la condujeron á su cabaña.

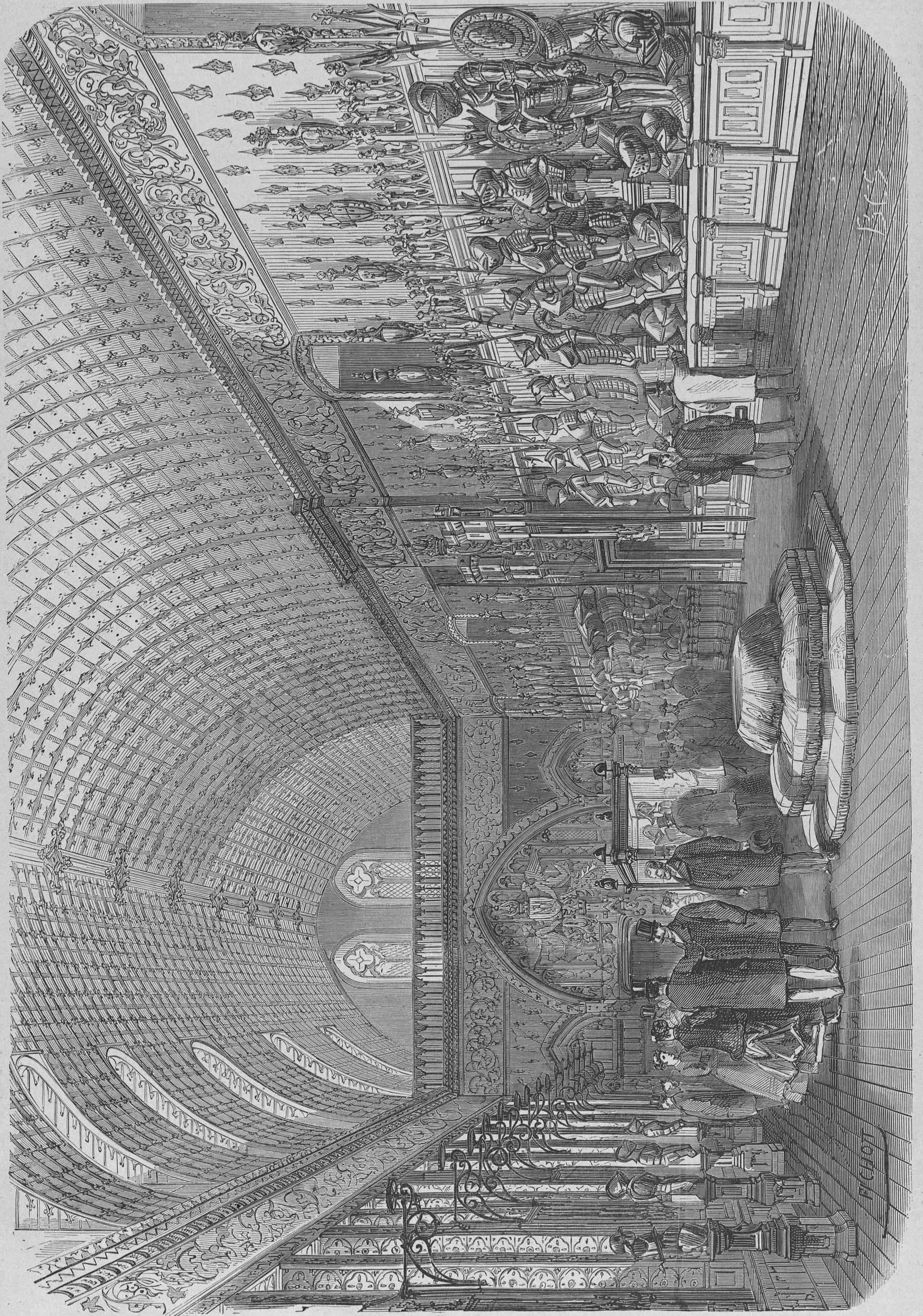
A la vista de esta, corrió despavorida y como si una idea fatal hubiera cruzado su mente, abalanzóse dentro y se arrodilló ante la cuna.

Angela seguia á su padre y su hermano, espiraba con la dulce calma de la consuncion y extendia sus pequeñas manos á su madre.

La antes feliz Marta, la buena madre, la amante esposa, enferma de cuerpo y alma, herida de muerte, impotente contra un sino fatal, solo sobrevivió tres dias á su esposo y á sus hijos.

Aquí, bajo nuestros piés, yacen estos cuatro desgraciados.

Todos los pescadores de seis leguas á la redonda contribuyeron para elevar este modesto monumento, recuerdo eterno de la gratitud de estas gentes, memoria imperecedera de la virtud de los que á su pié reposan y faro salvador de los que lo han erigido.



El emperador de Austria en Pierrefonds. — Su Majestad en la galería de las Armaduras.

Ahora, señor crítico, yo le pregunto: ¿Sabe Vd. lo que es ángulo?

Pregúntelo Vd. y le dirán que ángulo es hablar de lo que no se entiende.

Yo en este caso introduzco una ligera variante y digo:

Ángulo es hablar de lo que no se siente.

José SELGAS.

de la aldea, esto es, por la parte norte. En el lado opuesto le cubren tres líneas de murallas, á las que se llega por tres caminos escarpados. Una vez pasada la puerta exterior, se encuentra un primer puente levadizo, istmo movable, que reúne los dos bordes de un ancho foso. Después del primer puente levadizo hay un castillejo, y luego hay otro puente, un foso y un rastillo. Por fin se penetra en el patio interior que rodea el vasto cuadrilátero de construcciones que componen

tiles, que domina una galería cubierta en saliente, y con almenas y buardas por las cuales enviaban á los sitiadores en tiempo de guerra una lluvia de piedras y caños de aceite hirviendo y resina inflamada.

Después de la galería cubierta vienen otros dos pisos almenados. Las almenas del último piso rodean la base de la techumbre, coronándola con sus dientes de piedras. Dos de estas torres, la torre César y la torre Carlomagno, tienen una garita, desde la cual se divisa el campo hasta perderse de vista. En la torre David está la capilla; en la torre Artus hay un profundo calabozo debajo de una cueva, y mas abajo aun hay otros calabozos que llamaban *oubliettes*.

Una escalera de caracol practicada en esta misma torre Artus conduce al gran salon llamado Galería de las Armaduras. Esta galería, que tiene 35 metros de larga por once de ancha, ocupa todo el desarrollo de la cortina que reúne al poniente las tres torres Artus, Alejandro y Godofredo de Bullon, y se penetra en ella por una puerta ogiva de doble hoja, coronada con la figura de Carlomagno. Dentro de la galería hay 29 zócalos que sostienen hermosas corazas, la mayor parte de ellas del siglo XVI, estando separadas entre sí por armaduras y trofeos.

Nombrar todas las armas que se han reunido aquí seria muy largo. Entre las mas notables citaremos una espada del rey de Suecia, Carlos XII, y la espada que regaló á Enrique IV el papa Clemente VIII. También debemos citar dos pistolas del siglo XVII y un casco de plata, regalos de la emperatriz. Las culatas de las pistolas son de marfil esculpido y el casco fué cincelado en Italia. Por último, citaremos igualmente una coraza del siglo XVI que ha costado 45,550 francos, dos cascos venecianos de bronce dorado, y algunos de aquellos puñales llamados de misericordia que usaban los caballeros para dar el golpe de gracia á su enemigo rendido.

Y á propósito de golpe de gracia, no sé con qué título figura en esta colección de armas de combate, armas ofensivas y defensivas, el cuchillo del hombre que á fines del siglo XVII tenía el oficio de proceder á las ejecuciones capitales. Ahí está en su vaina, como en su casa, y la dicha vaina está amueblada con una profusion que no deja de infundir ideas pavorosas. Con efecto, contiene además de la piedra de afilar el instrumento, un puñalito precioso que parece hecho para la mano de una dama y que sin embargo, sirvió á menudo para concluir la tarea mal comenzada de su hermana mayor.

En la hoja de este último se lee por un lado: *Justitia manet in æternum*, y por el otro: *Fiat justitia, peccat mundus*.

Al extremo de la Galería de las Armaduras se encuentra una colosal chimenea que ocupa por esta parte toda la superficie de la pared, y representa una fortaleza.

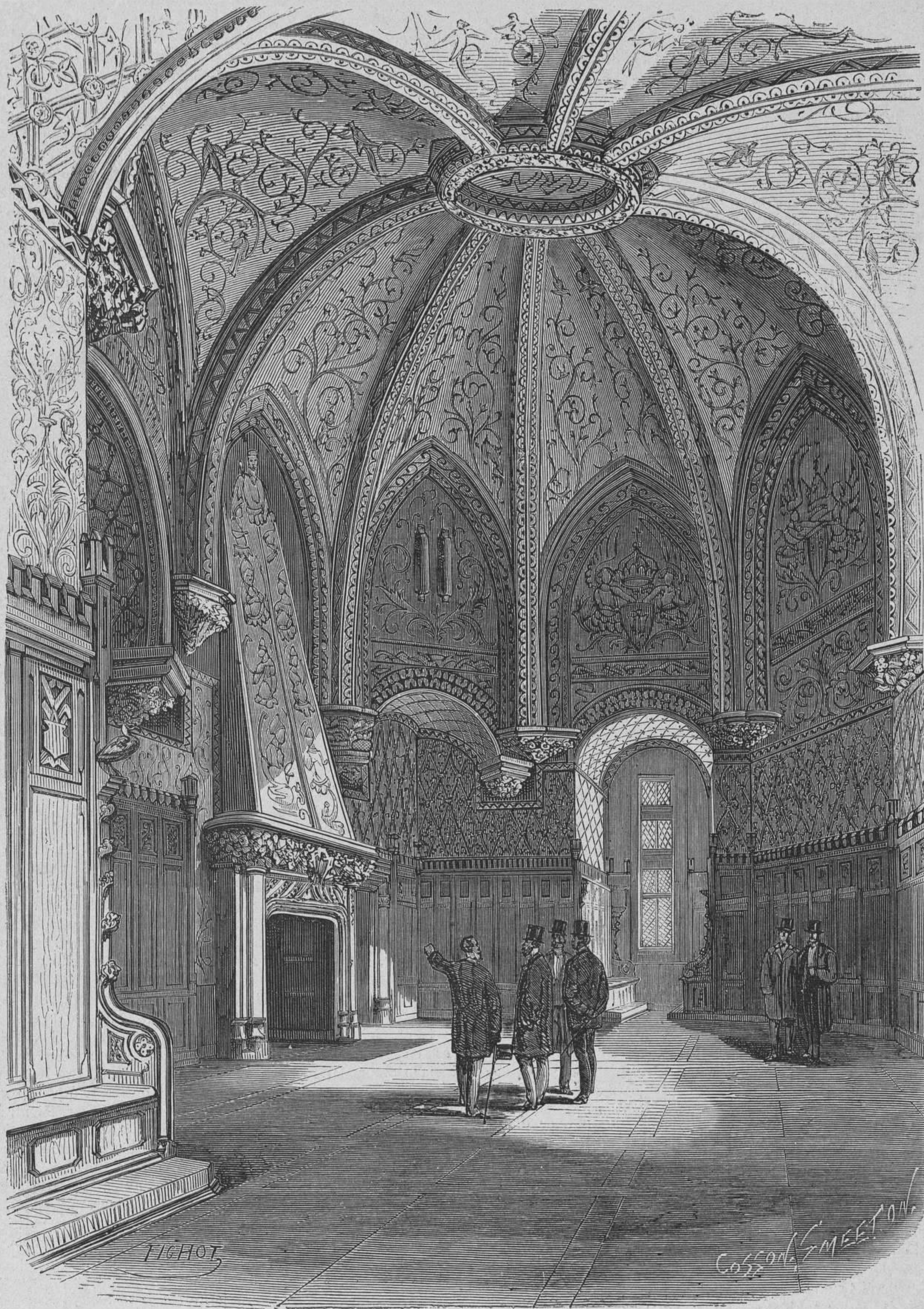
Pierrefonds.

El origen del castillo de Pierrefonds se pierde un poco en las nubes, pero nosotros no iremos á buscarle tan arriba. Bástenos saber que en el sitio en que le vemos, en lo alto de su escarpado peñon, hubo en tiempo de los reyes carlovingeos un primer alcázar que el segundo hijo de Carlos V, Luis de Orleans, de triste memoria, hizo reconstruir en 1390 de una manera espléndida. Lo que esto costó, solo el pueblo lo sabe, pues el duque no era hombre que reparaba en las cuentas. Tenia el favor de madama Isabeau y lo aprovechaba. Su primo de Borgoña acabó por poner un poco de orden.

Conocido es el drama de la calle Barbette, que tuvo lugar el 23 de noviembre de 1407. Entonces Pierrefonds estaba reconstruido, y después tuvo su página en las guerras civiles de aquella época.

Cuando le gobernaba M. des Rieux, uno de los capitanes, se mantuvo cinco años firme contra el rey Enrique IV. Pero al fin el castillo se rindió y el capitán fué ahorcado. Poco tiempo después, Enrique de Sauveulx, otro ligero, sorprendió la plaza y la entregó á los españoles; mas habiendo sido hecho prisionero á su vez, estuvo á punto de ser ahorcado igualmente. De nuevo la plaza abrió sus puertas al Bearnés, para cerrarlas luego á su sucesor. La historia se hacia pesada y el castillo de Pierrefonds fue desmantelado, y hace diez años se veian aun sus ruinas. De entonces al dia ha habido una transformación completa. Gracias al emperador Napoleon, el muerto ha resucitado y en sus cenizas ha sabido encontrar una nueva vida el fénix de los castillos fuertes de la edad media. Para ello ha trabajado bien M. Viollet-le-Duc. Con una paciencia y una habilidad poco comunes, el célebre arquitecto ha reconstruido poco á poco el antiguo castillo y nos le ha devuelto tan orgulloso como estaba en los últimos dias del siglo XIV. Ahora el ferro-carril nos lleva á él, y no hay para qué añadir que no le faltan visitantes. Todo en su derredor es alegre y agradable á la vista, y hasta la aldea, antes tan sombría, que se extiende á sus piés, se ha despertado con la fortaleza su soberana, de un sueño mas de dos veces secular.

He dicho que el castillo de Pierrefonds está edificado en lo alto de un monte que se eleva á pico por la parte



PIERREFONDS. — El dormitorio de la torre César.

el conjunto de la fortaleza. Ocho torres redondas reunidas entre sí por cortinas de dobles almenas sostienen este cuadrilátero. Tres de ellas caen al lado de las murallas exteriores, que son: la torre Carlomagno, la torre César y la torre Artus, y otras tres dan al valle de Pierrefonds, la torre Hector, la torre Josué y la torre Godofredo de Bullon. Entre esta última y la torre Artus está la torre Alejandro, que tiene por pareja en el otro flanco del cuadrilátero, la torre David.

En cada una de estas torres los dos primeros pisos están destinados á las habitaciones. Las piezas artesonadas, adornadas con ricas esculturas y pinturas, son redondas y tienen ventanas con vidrios de colores. Encima de los aposentos está situada la sala de los proyec-

leza. Es un monumento, y se la conoce con el nombre de *Cheminée des preuses*.

Este nombre es debido á las nueve estatuas de mujeres que la adornan, guerreras furibundas, entre las cuales descuellan en primera línea Penthesilea, que combatió en Troya; Hipólita, á quien trató tan mal Belorofonte, y la famosa Semíramis, que adoraban los asirios bajo la forma de una paloma, sin duda porque llevó el bierro y el fuego á muchas provincias y mandó degollar á todos sus hijos, excepto á uno.

Además de las ocho torres redondas mencionadas ya, hay en el castillo de Pierrefonds una torre cuadrada, pero esta forma parte del castillo que no era en la edad media lo que es en nuestras modernas construcciones, un pequeño pabellón sobre lo alto de una casa. Era entonces una fortaleza en otra fortaleza, el refugio seguro y á veces la salvacion de los defensores de un castillo despues de tomado este castillo. Nada se perdonaba para hacerle inexpugnable, tanto mas cuanto era tambien para el amo del lugar una garantía contra la rebelion de los suyos. Una vez dentro de su castillejo y levantado el puente levadizo, era imposible sorprenderle. Por esto habitaba allí y allí encerraba sus tesoros y archivos. Dentro de aquel sitio vivia siempre alerta y para no hablar mas que del castillo de Pierrefonds, era tan grande la desconfianza de su primer dueño, que no obstante el triple recinto fortificado de su castillo, no obstante su doble puente levadizo y su doble foso, no permitia la entrada en los patios á los carros que le traian víveres, municiones é instrumentos de guerra. Entre la torre David y la torre Carlomagno se ve una poterna abierta á una grande altura sobre el camino que da la vuelta por aquí á las murallas. Por esta poterna se subian é introducian en la plaza todas las provisiones que se querian.

En resumen, esta restauracion de Pierrefonds, tipo del castillo feudal, es una buena cosa. Un solo dia pasado dentro de esas murallas levantadas con tanta habilidad enseña mas que un año entero gastado en sacudir el polvo á los libros de una biblioteca. Bajo este concepto, no son de sentir los millones que ha podido costar esta elocuente página de historia escrita en la piedra, millones que han sido pagados por el emperador Napoleon III. C. P.

Revista de Paris.

El acontecimiento de la semana ha sido la solemne apertura de las Cámaras, que tuvo efecto el lunes en el Louvre. Sabido es que para esta ceremonia se solicitan las esquilas de convite, como si se tratara de un baile en palacio ó en el Hotel de Villa. Pero la entrada es difícil: son muchos los llamados y pocos los escogidos. La ceremonia se verificó con el aparato de costumbre. Salvas de artillería, formacion de tropas; dentro del salon los altos cuerpos del Estado, las embajadas, el mundo oficial, y en la plaza pública una muchedumbre inmensa esperando el discurso. A la una y media otra salva anunció á la poblacion de Paris que esta sesion de apertura estaba concluida.

Como en suma este acontecimiento es puramente político, despues de consignado aquí, pasaremos á los asuntos ordinarios de la crónica.

Hemos anunciado ya que la comision imperial habia resuelto dejar abierto al público el precioso jardin reservado del Campo de Marte, y con efecto, lo ha estado últimamente, pero bien pocos dias: de repente otro aviso de la misma comision nos ha venido á decir que quedaba definitivamente cerrado. Es muy de sentir que no haya podido conservarse este jardin, que con sus aquariums, sus invernáculos y otras construcciones tan nuevas como elegantes, era un objeto de admiracion para todos cuantos le visitaban.

Los tipos callejeros de Paris se aumentan incesantemente. Muerto Mangin, aquel célebre vendedor de lápices dorados que en lo alto de su cabriolé improvisaba los discursos mas extravagantes esmaltados de peregrinas ocurrencias, hé aquí que nos comunican la noticia de la próxima llegada á esta capital de otro charlatan que tiene ya su fama en las provincias.

Este sucesor de Mangin es un dentista ambulante, conocido, como decimos, en todas las ferias y asambleas de los departamentos del Oeste, que acaba de mandarse construir un vehiculo monumental, cuyas proporciones son las de un wagon de ferro-carril, para presentarse en Paris como no se ha presentado hasta hoy ninguno de sus compañeros de charlatanismo.

Este carruaje, ó por mejor decir, esta casa movible que viaja sobre cuatro ruedas, se compone de cuatro compartimientos, á saber:

1º El escenario, ó sea el lugar donde el artista anuncia y vende su infalible mercancía para la curacion instantánea y radical de las muelas y dientes cariados;

2º La cocina, donde se preparan los alimentos del numeroso personal que le acompaña;

3º Un magnifico salon, con espejos, sofá, reloj, cómoda, etc., todo adornado con ricas colgaduras; en este santuario se recibe á los pacientes que entran á operarse;

4º El dormitorio, dispuesto y amueblado tambien de un modo comfortable.

Debajo de este cuarto compartimiento hay un espacio re-

servado para los instrumentos de música que forman la estrepitosa orquesta encargada del inevitable preludio á todos los anuncios que hace á la multitud el dentista.

A fin de que tenga un aspecto mas popular este carruaje, que deja muy atrás á cuantos se han visto en este género, sin exceptuar el del ya referido Mangin, ha sido pintado con los colores de la bandera nacional; la parte superior es azul en todo su largo, el centro es blanco, y la parte inferior presenta el encarnado mas vivo.

En lo alto hay una galería rodeada con una elegante balaustrada de hierro, donde se instalan los músicos mientras duran los anuncios y las operaciones.

Finalmente, el carruaje tiene unas varas de tres metros de largas, destinadas á enganchar un tiro de cuatro magníficos caballos tordos con crines y colas largas y abundantes.

Para que se tenga una idea de las colosales dimensiones del vehiculo, concluiremos por decir que hay cabida en él para setenta ú ochenta personas.

Le auguramos pues en Paris una acogida extraordinaria. Los diarios de la semana señalan el fallecimiento de un parisiense, ocurrido en Viena, y al mismo tiempo que la noticia, dan curiosos pormenores sobre la existencia del finado.

Llamábase este Luis Francisco Gosier, y ha muerto á la avanzada edad de ochenta y siete años.

Gosier era hijo de un servidor del infortunado rey Luis XVI, y tenia diez años cuando estalló la revolucion: su padre murió en el cadalso, y su madre huyó con él á Alemania.

Felizmente habia podido salvar algunos restos de la fortuna que habia juntado con sus ahorros, y á su beneficio dió alguna instruccion á su hijo, que en su juventud publicó en francés una historia de la revolucion francesa olvidada hace largo tiempo.

Sus rentas le proporcionaban una existencia holgada, y habia comprado en Döling una casa, de la que no habia salido desde el año 1831.

Solo dos de sus amigos entraban en esta casa, y ellos son los que refieren las rarezas del propietario.

Parece ser que la casa se componia de cinco habitaciones, de las cuales habia él elegido la mayor para consagrarla al perfeccionamiento de la guillotina; y con efecto, esta pieza se hallaba llena de vigas, cuerdas y cuchillas.

Cada vez que modificaba el instrumento de muerte á su capricho, sus dos amigos debian traerle gatos y perros para que les cortase la cabeza con la terrible máquina, y en estas ocasiones se enardecia de tal modo, mostraba tales deseos de verter sangre, que un dia quiso decapitar á uno de estos amigos que asistia á la ejecucion, y si se libró del peligro, lo debió á la superioridad de su fuerza.

Revolcábase en la sangre de los animales, y se frotaba con ella el rostro, de manera que mas parecia un caribe que un hombre civilizado.

No se levantaba de la cama mas que dos horas al dia, de tres á cinco, en cuyo tiempo se entregaba á las susodichas experiencias, y en cuanto oia dar las cinco, volvía otra vez á acostarse.

Comía, bebía y escribía dentro de su cama.

Encontrábase el viénes de la semana última en el cuarto que le servia para sus sangrientas experiencias, cuando de repente, sintiéndose indispuerto, llamó, mas al acudir la criada, encontró á su amo difunto: habia sucumbido á un ataque de apoplejía fulminante.

A propósito de necrología reciente, debemos consignar aquí el fallecimiento de Philoxène Boyer, ocurrido en Paris la semana última. Philoxène Boyer ha bajado al sepulcro á la edad de treinta y ocho años, despues de haber arrastrado una misera existencia.

Y sin embargo, si el talento y la erudicion son elementos para alcanzar la fortuna, pocos en el mundo de las letras la merecian como el desgraciado autor del *Feuilleton d'Aristophane*.

Philoxène Boyer era poeta; pero la afición á componer versos no le impidió desde su juventud el estudio profundo de los autores griegos y latinos.

Habiendo venido á Paris con un capital suficiente para que su renta le hubiese proporcionado una existencia holgada, tuvo el capricho de disiparla, para encerrarse despues en una guardilla, vivienda tradicional de los poetas.

— ¿Quién ha visto, se decía á sí mismo, un poeta rico? Y dominado por la idea de que la poesia excluye la riqueza, arrojó su oro por las ventanas, hasta que se quedó con las manos vacías.

Entonces se consagró al estudio, al propio tiempo que daba al teatro varias piezas que obtuvieron muy poco éxito.

Tambien publicó uno ó dos tomos de poesias que pasaron igualmente desapercibidos.

Philoxène Boyer, viendo que sus producciones tenian tan escasa aceptación, dejó la pluma por la palabra, é inauguró una série de conferencias sobre distintos autores antiguos y modernos.

Aquí sí se encontraba en su terreno. Su inmensa erudicion, ayudada por una palabra fácil y elocuente que á veces se elevaba hasta el lirismo, hechizaba al auditorio; pero desgraciadamente esta concurrencia no era bastante numerosa para que el poeta pudiese ganarse la vida con estas conferencias.

A los treinta años era un viejo gastado por un trabajo incesante en las bibliotecas y en los archivos. ¿Qué desgracia!; tanto talento é instruccion, y tan poca práctica de las cosas de la vida!

Philoxène Boyer deja una viuda con dos hijos de tierna edad en la mas triste situacion: es de creer que los ami-

gos de las letras harán alguna cosa en favor de la viuda y los huérfanos.

¿Qué de miserias las letras dan en Paris á los que á ellas se dedican! Las sumas fabulosas que ganan ciertos autores de novelas y de obras dramáticas seducen á muchos jóvenes que al cabo de largas y terribles luchas sucumben, ó cambian de direccion cuando ya han agotado lo mejor de sus fuerzas.

Para citar un ejemplo de estas tentativas de produccion literaria abortada, hé aquí una lista de los periódicos que han nacido en Paris desde el primero de enero hasta el primero de julio de este año de 1867.

Son nada menos que cuarenta y seis, cuatro por quincena, y sus títulos, segun los señala el periódico el *Corsaire*, son los siguientes:

En enero: le Bonnet de coton, l'Esprit nouveau, l'Ecole, le Reveil, le Camarade, le Bouffon, le Courier des tribunaux.

En febrero: la Revue pour tous, l'Exposition de Paris, l'Exposition universelle, l'Album de l'Exposition illustrée, le Hannequin (résurrection).

En marzo: l'Événement médical, la Tribune universelle, le Masque, l'Illustrateur de l'Exposition, le Café Concert, l'Entraînement, les Causes célèbres du jour, le Courier médical, le Critique.

En abril: le Programme de l'Exposition, le Drôlatique, l'Univers, la Vie nouvelle, le Journal de Paris, le Nouvelliste.

En mayo: l'Exposition populaire illustrée, le Bonnet de coton (2ª série), le Messenger-Programme, l'Atelier, le Philosophe, la Pensée nouvelle, le Parisien illustré, Paris comique, le Figaro politique.

En junio: l'Étudiant, la Rue, les Événements, l'Image, la Situation, le Courier français quotidien, le Baron Brice, la Chronique de Paris, l'Écho polyglotte, la Surprise.

De estos cuarenta y seis periódicos nacidos en el primer semestre de 1867, veinte han muerto ya, cerca de la mitad. ¿Cuántos conservarán vida un año despues de la publicacion de su primer número?

A vuelta de este cuadro pongamos otro de aspecto mas consolador para las letras.

Repetidas veces hemos dicho que los meses que ha durado la Exposicion universal, habian sido meses de gran fortuna para los teatros parisienses. Con efecto, hoy que tenemos á la vista las cifras de lo recaudado, podemos dar una idea á nuestros lectores de los beneficios realizados desde el 1º de abril hasta el 31 de octubre.

Procedamos por comparacion, para que sea mas sensible la diferencia.

En los mismos meses del año 1866, el total de la recaudacion en los teatros de Paris grandes y pequeños, con mas los conciertos y espectáculos de curiosidades, ascendió á la suma de 9.640,216 francos, en tanto que en 1867 ha dado de sí el mismo período la cantidad de 16.533,365 francos.

La diferencia viene á ser como de un millon por mes en favor de 1867.

Los pobres han tenido tambien una buena temporada con esta extraordinaria recaudacion habida en los teatros.

A decir verdad, esta contribucion establecida en épocas en que los teatros se regian por otros reglamentos y tenian otra base que en la actualidad, ha venido convirtiéndose en un vejámen contra el que reclaman todas las empresas, y la cuestion ha adelantado tanto en el dia, que ya parece inminente una reforma. Los diarios especiales anuncian que en efecto se ha escrito una Memoria sobre el asunto que ha sido firmada por los directores de los teatros de Paris, Memoria que se destina al emperador, y que acaba de ser sometida al examen del señor ministro de Bellas-Artes.

M. Rouher, que es el ministro del ramo, ha contestado que examinará cuidadosamente los puntos tratados en la Memoria, lo cual ha sido considerado por los directores como una promesa, ó por lo menos como una esperanza en favor de sus intereses. Mientras en Paris no se modifique la antigua decision relativamente al derecho de los hospicios sobre el precio de las entradas en los teatros, no podrán recogerse de la libertad teatral todos los frutos que deben esperarse de una industria sobrecargada hoy con una contribucion tan onerosa.

Por fin las empresas parisienses se deciden á poner en escena nuevas producciones. El teatro del Gimnasio ha abierto la marcha con una pieza en tres actos, escrita por madama Regnault de Prebois y M. Th. Barriere, titulada: la *Novela de una mujer honrada*. Su argumento se reduce á lo siguiente:

El capitán de Castelan, hermano de una jóven viuda, madama de Loberven, se halla á punto de batirse con el comerciante Chabanel, que aunque casado con una mujer bonita, no piensa mas que en ilícitos amores.

El motivo del desafío no puede ser mas fútil.

Castelan, á la salida de un café pisó el vestido á una señora que iba del brazo de su futuro contendiente: de aquí palabras malsonantes, bofetadas, y por último el lance.

A todo esto el capitán está enamorado, y pasa la noche antes del desafío refiriendo á su hermana sus platónicos amores con una desconocida á quien ha encontrado viajando por camino de hierro.

Al ser de dia llaman á la puerta del capitán y aparece esta desconocida, que no es otra sino Eliana, la esposa de Chabanel, que se presenta á impedir el desafío.

La ocasion no es la mas oportuna para declararse; pero sin embargo, Castelan la aprovecha y la esposa fiel se sonroja ante el ultraje, hasta que Castelan, arrepentido, se retracta y promete respetar la vida de Chabanel.

El segundo acto está consagrado al desafío que ha de tener lugar en la casa de campo de uno de los padrinos de Chabanel, llamado M. Thoulignon, siendo el otro un ciudadano americano llamado Sainte-Luce, personaje grotesco, si los hay, lo que se llama una caricatura.

Este Sainte-Luce, se presenta como un desaforado matachín a quien la vida de un hombre le importa un comino; y efectivamente, porque ve que titubea Chabanel en la hora decisiva, le amenaza con su revolver.

Entonces Chabanel se arroja al peligro, su adversario no se defiende y recibe una herida mortal, que le conquista el cariño de Eliana, quien conoce que por amor a ella no se ha defendido.

El último acto pasa en un establecimiento termal perdido en un rincón de la Auvernia.

Chabanel busca a su mujer, que llora allí a su amante sola con sus hijos, y la pide una firma que ella le concede para que cuanto antes sea completa su separación.

Pero en esto la viuda madama de Loberven llega a decir a Eliana que el capitán existe y entonces cambia de nuevo la decoración, y la esposa vuelve a repetir que no ama ni amará nunca más que a su marido.

En suma, es un reñido combate entre el amor y el deber, combate en que sale siempre triunfante este último.

Llegamos al desenlace: Chabanel se cae de un caballo tan oportunamente, que la comedia puede tener el fin natural de todas las comedias.

El público de la primera representación hizo a esta obra una pobre acogida: el nombre del autor de los *Faux Bons-Hommes* prometía seguramente otra novela mejor urdida, con situaciones más dramáticas, con caracteres mejor estudiados, y sobre todo con un desenlace de otra especie. Una cosa queda, y es el diálogo lleno de naturalidad y de gracia, y aquí y acullá algunas escenas donde están bien diseñadas las costumbres contemporáneas.

La ejecución es perfecta, no solo por parte de los principales papeles, Berton, Pradeau, señoras Delaporte y Fromentin, sino de los secundarios, como por ejemplo, Francis, que hace un tipo de yankee inimitable, y Mlle. Chaumont que representa con toda verdad una montañesa de la Auvernia.

En los Italianos el tenor Mongini está dando sus últimas funciones. Después de *Lucia* ha cantado los *Puritanos*, y en ambas óperas ha producido el mismo efecto. Es un tenor de fuerza que a la manera de Tamberlick domina las situaciones en que puede desplegar sus poderosos medios; pero que en cambio es insuficiente allí donde se necesitan la flexibilidad, la gracia y la dulzura. Sin embargo, tal como es, con su conocimiento del teatro y su alta inteligencia artística, creemos que el público de los Italianos habría concluido por aceptarle, máxime en un tiempo en que parece han desaparecido los tenores.

En las dos citadas óperas cantaba igualmente la Patti con el éxito que es ya imposible señalar aquí sin repetir lo que está dicho mil veces. En la *Lucia* obtuvo una ovación completa. Es verdad que para muchos es su mejor ópera; pero a nuestro juicio, cuadra mejor a sus facultades artísticas la música ligera y risueña de *Don Pasquale* ó el *Barbero*.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

EL SILENCIO.

Es un ángel muy hermoso
Que aparece y con su aliento,
A las doce de la noche
Rasga las gasas del cielo.

Se pone un dedo en los labios,
Cerrando los ojos bellos,
Y desplegando sus alas
Inmóvil queda en el viento.

Entonces dejan las auras
De gemir entre los cedros,
Y allá detrás de las nubes
Se pierden en manso vuelo.

Entonces dejan los ríos
De rebullirse despiertos,
Y se desploman cansados
En sus pedregosos lechos.

Dejan de temblar las hojas,
Y los árboles enhiestos
Parecen negros gigantes
Dormidos de pie en los cerros.

Duerme la atmósfera inerte
Sobre el callado universo,
Y como un manto de plomo
Le dobla bajo su peso,

Dichosos campos, dichosos,
Que en sus dilatados yermos,
Pueden en dulce reposo
Ver el ángel del Silencio.

Yo le busco desolada,
Le busco hace mucho tiempo,
Para recostar mi frente
De fuego en su blando pecho.

A deshoras de la noche
He penetrado en los pueblos
Y le he buscado en las calles,
En las plazas y paseos.

Pero en vano por doquiera
Se oye la voz del sereno,
Los cantares de la orgía
Y el ladrido de los perros.

Después de cruda batalla,
Cuando ha cesado el estruendo,
El relincho del caballo,
Y los golpes del acero.

Vadeando arroyos de sangre
He llegado al campamento,
A buscar su imagen, triste,
En la frente de los muertos.

Mas, pronto llegó a mi oído
El espantoso aleteo
De las aves de rapiña
Que devoraban los cuerpos.

Anhelante le he buscado
En los salones inmensos,
Donde los odios del hombre
Despedazaron un reino;

Y entre los tapices rotos
Que rodaban por el suelo,
Los pedazos de corona,
Tronos, altares y cetros:

Los diferentes partidos
Se revolcaban rugiendo,
Disputándose, rabiosos,
Los ensangrentados restos.

Con sigilosas pisadas
Entrando en el cementerio,
Pensé verle en una tumba
Doblar su nevado cuello,

Extender las grandes alas,
Imprimir sin ruido un beso,
Y esparcir sobre la losa
Sus impalpables cabellos.

Mas esta visión tan dulce,
No duró más que un momento:
Pues huyó desconocida
Al escuchar no muy lejos

El rumor de las reyertas,
El susurro de los pleitos,
Con que la paz del difunto
Turban amigos y deudos.

Solo en los campos, tan solo
Do corren los arroyuelos,
Y en tona el ave salvaje
Sus melodiosos arpegios.

Donde palpita la vida,
Solo en miriadas de insectos,
Que pululan en la yerba
Con incesante hervidero:

Solo allí; callado y triste,
Como un sauce en el desierto,
Se encuentra cuando la luna
Cruza los campos del cielo.

Se reclina en una palma
Pone en sus labios un dedo,
Y cesan todos los ruidos
Su mandato obedeciendo.

Solo allí pude encontrarle,
Inmóvil, mudo y severo,
En las sombras vaporosas
De las neblinas envuelto.

Llegué y me tendió los brazos.
Caí dulcemente en ellos,
Y cerré los desmayados
Ojos cargados de sueño.

URSULA CÉSPEDES DE ESCANAVERINO.

Bayamo: Isla de Cuba.

EN EL ALBUM DEL ACTOR ITALIANO ERNESTO ROSI.

Para dar vida inmortal
A los genios que murieron
Te hizo Dios de ellos igual,
Y las gentes aplaudieron
De su hechura lo cabal.

Tu voz que el espacio llena
De Italia vibró en la escena,
Y esclavos tuvo a millares
Desde el magnífico Sena
Hasta el pobre Manzanares.

Risa y llanto por do quier
Arrancan tus creaciones,
Todo cede a tu poder,
Y luchan los corazones
Entre el dolor y el placer.

El arte te da su aliento
Y en tus ensueños le nombras,
El pasado es tu elemento,
Y reviven a tu acento
Generaciones de sombras.

Hoy que de Madrid te alejas,
Van, dando al aire sus quejas,
De tí las sombras detrás,
Pero la sombra que dejas
No ha de borrarse jamás.

M. DEL PALACIO.

El general Menabrea.

El nuevo presidente del ministerio italiano, señor Menabrea, es un general del cuerpo de ingenieros muy distinguido, y su autoridad como administrador y hombre sabio está reconocida por todos los partidos en Italia. El general Menabrea dirigió las operaciones delante de Gaeta.

No es la primera vez que el señor Menabrea aparece en la escena política. Fué ministro de obras públicas en el gabinete Cavour, y en el de Minghetti-Peruzzi; cuando se firmó el convenio de setiembre era ministro de Marina. Entonces tomó la sucesión de Persano.

De todos modos, es la primera vez que el general se presenta como presidente de ministerio, y preciso es confesar que ha empuñado las riendas del poder en circunstancias bien críticas. Las dificultades que le rodean son inmensas. Menabrea, representante de las ideas de la derecha, necesita a la vez defender la dinastía y comprimir el espíritu revolucionario, responder a una cámara casi enteramente hostil y respetar el sentimiento nacional, negociar con la Francia y mantener la dignidad del país, resolver la cuestión romana y atender a la crisis financiera. Esperemos pues sus actos para juzgar sus capacidades sometidas a tan duras pruebas.

R. DE M.

Sucesos de Italia.

La última campaña garibaldina ha conmovido a los Estados pontificios mucho más de lo que se podría creer a la lectura de los periódicos, que la han presentado como una cosa insignificante. Es cierto, por ejemplo, que a la llegada de la escuadra francesa las fuerzas pontificias apenas guarnecían ya más que las dos ciudades de Roma y de Civita-Vecchia. Las tropas y las autoridades habían abandonado la mayor parte de los otros centros.



SUCESOS DE ITALIA. — Toma de Monte Rotondo; ataque de la puerta principal por los garibaldinos el 25 de octubre.

Los garibaldinos tuvieron una ventaja en Monte Rotondo, que fué seguida de una completa derrota en Mentana, el recuerdo mas importante de esta breve campaña. La presencia de Garibaldi, que llegó el 24 al cuerpo principal de voluntarios, decidió sin duda el triunfo de Monte Rotondo, que costó muy caro á los insurrectos. Monte Rotondo es un pueblo fortificado que se encuentra como un nido de águila en lo alto de un cerro, el cual domina todo un grupo de cuevas adyacentes. La guarnicion se componia de trescientos soldados de



El general Menabrea, presidente del ministerio italiano.

la legion de Antibes, y de doscientos gendarmes, dragones y artilleros, con tres piezas de artilleria bien montadas, bien servidas, y municiones en abundancia. El ataque tuvo lugar por el lado del camino de Roma que conduce á la puerta principal. Para tomar la plaza, los insurrectos debieron combatir veinte y siete horas, y arrojarse siete veces á la bayoneta, y solo á las tres de la madrugada, despues de haber incendiado la puerta con un tonel de azufre, pudo Garibaldi penetrar en la poblacion, donde las tropas pontificias guarecidas en el



Campamento de garibaldinos en la Cecchina, camino de Roma.

se reanimó de repente, y la multitud invadió el Corso.

Tiempo era de que llegaran, pues el movimiento del 22 ha probado que la insurreccion pudo juntar en Roma fuerzas importantes. Las tropas del papa se veian ya en la precision de fortificar las puertas ó salian á combatir las avanzadas de la insurreccion. El cuartel de zuavos, cuyo triste aspecto despues de la explosion presenta uno de nuestros dibujos (véase la página 364), demuestra cuál era el encarnizamiento de los insurrectos. Por fortuna los zuavos estaban en campaña, y no ha habido que deplorar mas que la muerte de algunos músicos del regimiento.

Sin embargo, una vez en los Estados pontificios las tropas de la Francia, toda resistencia por parte de Garibaldi era imposible. Así se ha visto en el combate de Mentana. Hé aquí los pormenores que da sobre este combate decisivo el diario oficial de Roma.

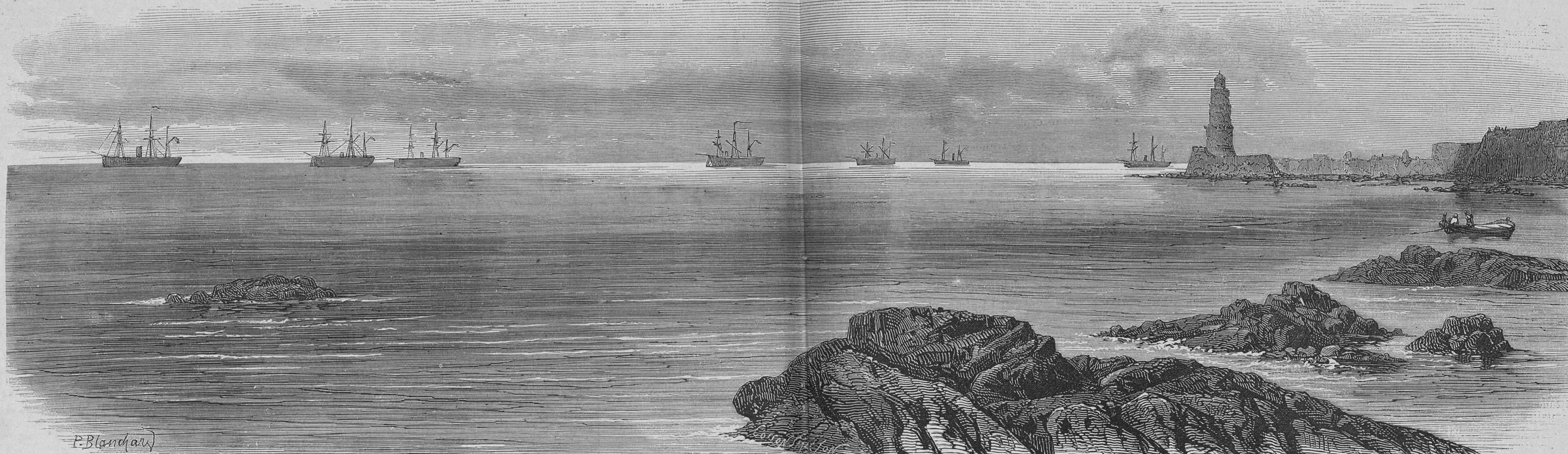
« Ya me hallo en estado de transmitir pormenores sobre el hecho de armas ocurrido en Mentana, á un kilómetro y medio de Monte Rotondo, y que terminó con la derrota de las bandas garibaldinas, arrojadas de todas las posiciones donde se habian atrincherado. Al pronto reinó cierta confusion en las noticias venidas del teatro del combate, y no sin algunos esfuerzos me ha sido posible reunir

castillo no tardaron en capitular.

Avanzando despues de haber tomado Monte Rotondo, llegó Garibaldi á las cercanias de Roma, y se acampó en la Cecchina, á veinte minutos de la ciudad eterna. Antes de llegar allí habia corrido un gran peligro en la villa Grasioli, adonde habia llegado practicando un reconocimiento. En este punto que le dijeron estaba abandonado, habia voluntarios pontificios que descargaron contra él y sus oficiales sus revolvers, aunque sin herir á nadie.

Mas en tanto que se acampaba el 30 en la Cecchina, la situacion cambiaba completamente en Roma. A las nueve de la mañana del 31 llegó al galope un aldeano que habló algunas palabras con Garibaldi. Muy luego todos conocieron la noticia: los franceses estaban en Roma.

Así era verdad, y grande fué la sorpresa que causó esta noticia lo mismo en Roma que en el campamento de Garibaldi. Habian llegado al Vaticano tantos informes contradictorios, que no se creia ya en el auxilio francés, y lo prueba el hecho de que hasta la última hora no se dispusieron los alojamientos para los soldados. Necesario fué que entrara en la ciudad el regimiento núm. 29 el dia 30 á las cinco de la tarde, para que se convenciera todo el mundo. A la vista de esta tropa, la ciudad, que estaba muda como un sepulcro,



La escuadra francesa delate de Civita-Vecchia.

los elementos d un relato de los hechos cinto de las exageraciones del primer momento.

» Muchas equivocaciones han sido esparidas acerca del número de combatientes que Garibaldi podia hacer entrar en línea, y acerca de la maner como debian ser interpretados sus movimientos. Esierto ahora que las fuentes de que disponia no puen ser valuadas, con la mas estricta moderacion, en menos de 10,000 hombres. Estaban provistas de municiones en cantidad considerable, y además de una artilleria proporcionada á su número. Si, desde el momento en que las tropas francesas habian efectuado su desembarco, era inverosímil ya el proyecto de atacar á la misma Roma, no admite duda que los garibaldinos tuviesen intencion de sostenerse en ciertas localidades de los Estados pontificios.

» Hay motivo para creer tambien que ss bandas proyectaban dirigirse hácia los Abruzzos y reunirse con Nicotera, para arrojarse con él á la provincia de Nápo-



Las tropas pontificias despues de la evacuacion de Monte Rotondo.



Los Squadiglieri, voluntarios romanos organizados en guerrillas para la defensa del papa.

les que habrían intentado sublevar. Con este objeto parece que había sido combinado el movimiento intentado hacia Tivoli en el momento en que Garibaldi fué atacado, y para oponerse á estos conatos de invasión y sublevación, parece también que el gobierno italiano habría ordenado recientemente una concentración de tropas entre Avezzano y Nola, concentración que no podía comprenderse en Roma, y que se explica ahora.

» Consignado esto, vuelvo á los pormenores de la acción. El 3 de noviembre, las tropas pontificias, en número de 4,000 hombres, se pusieron en marcha á cosa de las dos de la mañana, saliendo por la puerta Pia, atravesando el puente Nomentana, situado en la confluencia del Tiber y el Tiverone, y dirigiéndose hacia Monte Rotondo, donde creían encontrar á Garibaldi con sus hijos Menotti y Ricciotti, á la cabeza de 12,000 combatientes. Cuando llegaron á unos dos kilómetros del pueblo de Mentana, distante como un kilómetro y medio de Monte Rotondo, hicieron un alto de dos horas para almorzar y descansar.

» A las once volvieron á ponerse en marcha y se dirigieron hacia Mentana; el general Kanzler, prominiestro de las armas, mandaba el ataque. En las cercanías del pueblo encontraron á los garibaldinos apostados en tres vericuetos que dominaban su acceso y aparapetados detrás de obras de fortificación rápidamente levantadas, de donde recibieron á los zuavos con un fuego nutrido que puso fuera de combate unos 150 hombres.

» Sin embargo, no por eso se entibió el ardor de las tropas pontificias. El combate continuó todo el día. Los garibaldinos fueron desalojados de los tres vericuetos y arrollados dentro de Mentana perdiendo algunos cañones. La noche se acercaba, se hizo una tentativa para rodear el pueblo, y se consiguió al anochecer penetrar en él, apoderándose de tres casas, donde los soldados pontificios se sostuvieron durante algunas horas; pero en presencia de la superioridad numérica de los defensores, y de la dificultad de desalojarlos de posiciones muy fuertes durante la noche, se creyó prudente replegarse después de un combate encarnizado, y volver á formarse á un kilómetro del pueblo, mientras se hacía de día.

» Las operaciones de las tropas pontificias han sido apoyadas por cuatro batallones franceses mandados por el general Polhes. Este destacamento, que debía sostener el movimiento de la columna pontificia, le dejó el honor del ataque; pero en un momento dado, tuvo que tomar en el combate parte activa y enérgica.

» El 4 por la mañana los garibaldinos, que habían sufrido mas de lo que se suponía, enarbolaban la bandera blanca y pedían capitulación. Las pérdidas fueron graves por ambas partes, aunque por el lado de los agresores fueron incomparablemente menores: se valúan, en efecto, en 500 ó 600 muertos para los garibaldinos, y en unos 30 para las tropas aliadas; el número de los heridos es considerable. Se han recogido unos 1,500 garibaldinos.

» Después de haber tomado posesión de Mentana, las tropas se dirigieron hacia Monte Rotondo, que encontraron evacuado. Garibaldi se había dirigido durante la noche hacia Correse con los principales jefes, y sin cuidarse al parecer de las malas condiciones en que podría efectuarse la retirada de sus bandos desmoralizadas. Ya sabéis que apenas puso los pies en territorio italiano, fué preso por las tropas reales.»

Uno de nuestros dibujos representa á los voluntarios romanos organizados en defensa del papa, y á este propósito vamos á concluir con una breve reseña sobre la organización y la fuerza del ejército pontificio.

El ejército tiene por comandante en jefe al general Kanzler, que es al mismo tiempo ministro de las Armas del Padre Santo. Tiene bajo sus órdenes á los señores conde de Courten y marqués de Zappi, generales. El uno manda la primera división y el otro la segunda.

Los cuerpos que componen el ejército son:

1º Un regimiento de infantería de línea y 3 batallones compuestos cada uno de 8 compañías. Este regimiento está enteramente formado con voluntarios indígenas, y mandados por el coronel Azzanesi;

2º Un batallón de cazadores, también indígenas, compuesto de 10 fuertes compañías y mandado por el teniente coronel Giorgi;

3º Un regimiento de zuavos, compuesto de 14 compañías de mas de 160 hombres cada una, y mandada por el coronel Allez;

4º Un batallón de carabineros extranjeros de 10 compañías de mas de 160 hombres cada una, y mandada por el coronel Jeannerat;

5º Una legion francesa de 10 compañías, mandada por el marqués Zappi, teniente coronel;

6º Una legion de gendames de infantería y caballería de mas de 2,000 hombres, y que, en caso de necesidad, puede hacer el servicio de línea; está mandada por el coronel Evangelisti, que se ha señalado en el hecho de armas de Grotta San Stefano, á las órdenes del inmortal Pimodan;

7º Tres baterías de campaña con cañones rayados y obuses del mejor modelo. Están mandadas por el conde Cacini, teniente coronel. A estas baterías, muy bien montadas, se debe añadir otra de cuatro obuses de montaña que quizás serán reemplazadas por los pequeños cañones llegados recientemente y destinados á aumentar los medios de ataque y de defensa de los pontificales;

8º Un cuerpo de ingenieros indígena, mandado por el teniente coronel Lana;

9º Un cuerpo de tren, un servicio de sanidad y un batallón de veteranos sedentarios que, en caso necesari-

rio, pueden estar de guarnición. Hay además un estado mayor general, al cual pertenecen oficiales indígenas y extranjeros.

El armamento es tan bueno como el de las mejores tropas de Europa. Dentro de poco, los soldados pontificios tendrán también los nuevos fusiles que se cargan por la culata. Actualmente se está en ajuste con una compañía americana para la adquisición de 8,000 fusiles, que hasta serán superiores á los fusiles Chassepot. Los *stutzen* de que están armadas todas las tropas y el sable-bayoneta, son de una construcción excelente.

H. V.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación.)

— No, no, dijo la otra, mirando á su alrededor y moviendo sus quijadas sin dientes; no tomásteis bien vuestras precauciones.

— Oímos muy bien, dijo la primera, que trataba de decirlo lo que había hecho, y os vimos tomar un papel que tenía en la mano. Al día siguiente os espíamos cuando fuisteis al Monte de Piedad.

— Sí, añadió la segunda; os entregaron un medallón y una sortija de oro; os seguimos de cerca, sí, os seguimos de cerca.

— Y sabemos mas aun, dijo la primera; la vieja Sally nos había dicho mucho antes lo que le refiriera la jóven señora antes de morir, á saber: que se había puesto en camino para ir á morir cerca de la tumba del padre de su hijo, pues conocía que no le sería posible sobrellevar su desgracia, y entonces fué cuando dió á luz el niño en el asilo de mendicidad.

— ¿Queréis que hagamos venir al dependiente del Monte de Piedad? preguntó Grimwig dando un paso hacia la puerta.

— No, puesto que ese hombre, contestó la señora Bumble designando á Monks, ha tenido la cobardía de confesarlo todo, según veo; y ya que habeis sabido sacar á esas viejas brujas, nada tengo que decir. ¡Pues bien! sí, he vendido esos objetos y están en sitio donde no podríais ir á buscarlos. ¿Qué mas hay?

— Nada, contestó Brunlow, sino que ahora es asunto nuestro cuidar que no ocupeis jamás en lo sucesivo, ni vos ni vuestro esposo, un cargo de confianza. Ya podeis retiraros.

— Espero dijo Bumble con aire compungido, en tanto que Grimwig salía con las dos viejas, espero que esta desgraciada circunstancia no nos privará de nuestras funciones parroquiales.

— Estad seguro que sí, repuso Brunlow, y podreis daros por muy contento con que no pase de eso.

— Es la señora Bumble la que lo ha hecho todo, dijo el ex-bedel, después de haberse asegurado prudentemente de que su mujer había salido ya; es ella la que lo ha querido.

— Esa no es una excusa, replicó Brunlow. Estábais presente cuando se arrojaren esos objetos al río; y además, á los ojos de la ley vos sois el mas culpable, pues aquella supone que vuestra mujer no obra sin vuestros consejos.

— Si la ley supone eso, dijo Bumble oprimiendo su sombrero entre las manos, la ley es una estúpida... una idiota. Si es así á los ojos de la ley, será porque jamás se ha casado, y lo peor que puedo desearla es que haga la prueba. Esto la abrirá los ojos.

Y al pronunciar estas palabras, Bumble se encasquetó el sombrero, y metiéndose las manos en los bolsillos bajó á buscar á su mujer.

— Señorita, dijo Brunlow dirigiéndose á Rosa, dadme la mano y no tengais miedo. las pocas palabras que tengo aun que decir, no son para asustaros.

— Si me conciernen particularmente, dijo Rosa, os ruego no me las digais en este momento, pues me siento sin fuerza ni valor.

— Teneis bastante energía, contestó Brunlow colocando el brazo de la jóven en el suyo.

— Y dirigiéndose á Monks, le preguntó:

— ¿Conoceis á esta señorita?

— Sí, contestó Monks.

— Nunca os he visto, dijo Rosa con voz débil.

— Yo os he visto con frecuencia, repuso Monks.

— El padre de la desgraciada Agnés tenía dos hijas, replicó Brunlow; ¿qué ha sido de la segunda, que era una niña á la muerte de su padre?

— Aquella niña, contestó Monks, después de haber perdido á su padre, en un país donde no era conocida de nadie, y no teniendo ni una carta, ni dinero, ni un solo papel con que pudiese buscar á su familia ó sus amigos, fué recogida por unos pobres aldeanos que cuidaron de ella como de su propia hija.

— Continúa, dijo Brunlow, haciendo una seña á la señora Maylie para que se acercase; continuad.

— Os fué imposible descubrir dónde estaba, prosiguió Monks; pero allí donde la amistad se estrella sale á veces triunfante el odio, y después de un año de pesqui-

sas, logró mi madre averiguar el paradero de aquella niña.

— Y se la llevó consigo, ¿no es verdad?

— No; aquellos buenos aldeanos eran pobres, y empezaban, al menos el marido, á cansarse de su generosidad, visto lo cual por mi madre, dejéla la niña, dándole una pequeña cantidad con la que no podían hacer mucho, si bien les prometió enviar mas, aun cuando estaba resuelta á no hacer ya nada. No siendo el desagrado y miseria de aquellas gentes una garantía suficiente de la desgracia de la niña, refirióles mi madre la historia de la deshonra de la hermana, añadiendo los detalles mas odiosos, y les recomendó que vigilasen á la niña, pues era el fruto de una unión ilegítima, y no era probable que saliese buena. Los pobres aldeanos creyeron el cuento, y la niña arrastró una existencia miserable, que nos satisfacía bastante, hasta que una señora viuda que habitaba entonces en Chester, la vió por casualidad, tuvo lástima y se la llevó consigo. A despecho de nuestros esfuerzos, la niña permaneció con la señora y fué feliz; yo la perdí de vista hace dos ó tres años y no la encontré sino hace algunos meses.

— ¿La veis ahora?

— Sí; se apoya en vuestro brazo.

— Pero nunca dejará de ser mi sobrina, exclamó la señora Mailye estrechando á Rosa contra su corazón; siempre será mi hija querida, y no quisiera perderla por todos los tesoros del mundo. Mi dulce compañera, mi idolatrada hija...

— Siempre habeis sido mi única amiga, dijo Rosa, la persona á quien mas quiero. ¡ah! no puedo resistir á tanta emoción.

— Y vos, dijo la señora Mailye abrazando tiernamente á la jóven, habeis sido siempre para mí la mejor y mas querida hija, y siempre habeis hecho la felicidad de cuantos os han conocido. Vamos, hija mia, pensad ahora en ese pobre muchacho que quiere estrecharos en sus brazos. ¡Miradle!

— No es para mí una tia, dijo Oliverio rodeándola el cuello con los brazos, sino una hermana querida; ¡oh! Rosa, desde que os conocí mi corazón me dijo que iba á quererlos mucho.

Respetemos las lágrimas que vertieron aquellos dos huérfanos y sus palabras entrecortadas al estrecharse en un tierno y cariñoso abrazo.

Encontraban y perdían en el mismo instante un padre, una madre y una hermana; su alegría estaba mezclada con el dolor, y sin embargo sus lágrimas no eran amargas, pues la pena misma que había en sus almas, hallábase tan dulcificada por los mas gratos y tiernos recuerdos, que hacían desaparecer toda sensación dolorosa para convertirla en una dicha solemne.

Permanecieron mucho tiempo solos, y al fin llamaron suavemente á la puerta. Abrióla Oliverio y se alejó presuroso para ceder el puesto á Enrique Maylie.

— Ya lo sé todo, dijo, sentándose junto á la hermosa jóven; querida Rosa, ya lo sé todo. No me hallo aquí por casualidad, añadió después de un largo silencio, ni es tampoco hoy cuando lo he sabido, sino ayer. ¿Adivináis que he venido para recordaros vuestra promesa?

— Deteneos, exclamó Rosa; ¿decís que lo sabeis todo?

— Todo. Recordad que me disteis vuestro permiso para hablaros una vez mas sobre el mismo asunto de que tratamos en nuestra última entrevista.

— Sí.

— Me comprometí á no insistir para modificar vuestra resolución, y á pedirlos solamente que me la repitiérais por segunda vez; he prometido poner á vuestros pies mi posición y mi fortuna, y no hacer nada para conmoveros si persistíais en vuestra primera resolución.

— Ahora tengo los mismos motivos que tenía entonces, dijo Rosa con firmeza, y ahora comprendo mejor que nunca cuáles son mis deberes hacia aquella cuya bondad me ha evitado los sufrimientos de la miseria. Esta es una lucha, añadió Rosa, pero una lucha de que estoy orgullosa; es un golpe cruel, pero mi corazón sabrá soportarlo.

— El descubrimiento de hoy... empezó Enrique.

— El descubrimiento de hoy, interrumpió Rosa con dulzura, me deja por lo que hace á vos, en la misma posición que antes.

— Queréis endurecer vuestro corazón contra mí, Rosa, replicó el jóven.

— ¡Oh! Enrique, Enrique, exclamó la jóven vertiendo lágrimas, bien quisiera hacerlo para no sufrir tanto.

— Entonces, ¿por qué os imponeis ese sufrimiento? preguntó Enrique cogiéndola una mano; pensad, querida Rosa, en lo que habeis oído esta tarde.

— ¿Y qué es lo que he oído? preguntó Rosa; que el sentimiento por la deshonra de su familia, trastornó de tal modo á mi padre, que huyó lejos de todos á quienes conocía... Mirad, ya hemos hablado bastante, Enrique; dejemos esta conversación, os lo ruego.

— Aun no, repuso el jóven deteniendo á Rosa en el momento que se levantaba; esperanzas, proyectos, deseos, todo ha cambiado para mí, excepto el amor que os consagré. Ya no os ofrezco un rango elevado en medio de las agitaciones del mundo, de ese mundo envidioso y miserable donde hay que ruborizarse de todo menos de lo que es verdaderamente vergonzoso; pero si os ofreceré mi corazón y mi casa; sí, querida Rosa, hé ahí todo lo que puedo ofrecer.

— ¿Qué significa ese lenguaje? balbuceó la jóven.

— Significa que la última vez que os ví, me separé de vos con la firme resolución de destruir todos los obs-

táculos que se elevaban entre los dos, y decidido á abandonar el mundo en que vivia, si no me era posible hacer que fuese tambien el vuestro, volviendo la espalda á todo aquel que despreciase vuestro nacimiento. Esto es lo que he hecho; los que se han alejado de mí por este motivo, se han alejado de vos, probándome así que en este punto teniais razon. Todo protector ó amigo influyente que me sonreia entonces, me mira ahora con frialdad; pero hay en Inglaterra risueñas campiñas, y al lado de la iglesia de un pueblo, de que soy el pastor, se eleva una casita rústica donde viviré mas orgulloso con vos, Rosa, que en medio de todos los esplendores del mundo. Hé aquí mi rango, hé aquí mi posicion actual; ambos los pongo á vuestros piés.

— Es muy desagradable tener que esperar á enamorados á la hora de cenar, exclamó Grimwig, que acababa de echar un sueño.

En efecto, hacia mucho tiempo dispuesta. La señora Mailye, que traron al mismo tiempo, no tenía ninguna.

— Ya pensaba en comerme algo, exclamó Grimwig. Me tocaré mis cumplidos á la futura.

Y sin mas ceremonia, Grimwig empezó á ruborizarse al ver a Brunlow y el doctor. Algún día Enrique Mailye habia hecho una relacion contigua, pero otros dicen que á tanto el jóven pastor.

— Oliverio, amigo mio, díjame dónde venís, y por qué estais haciendo grimas en vuestros ojos. ¿Qué os pasa?

— ¡Cuántas decepciones en estas caras esperanzas, las que tú me das, son con frecuencia a las primeras. ¡El pobre Ricar-

LII.

El tribunal de justicia se habia bote por un gentío inmenso, y de terreno donde no se viese la barra hasta los rincones más raras, fijábanse todas las miradas al judío, detrás de él, delante, á su izquierda, á su derecha, y estaba el infame viejo como el punto de mira en el que hacian las veintenas de ojos de la multitud.

Con una mano en la balaustrada y la otra junto á la boca, hacia adelante para oír mas de las palabras que pronunciaba el resumen de la causa, el judío miraba á fin de observar el efecto de la mas ligera circunstancia en los rostros que recaian sobre él se presentaban terrible, miraba á su defensor con un mimiento mudo, y suplicándole con fuerza para salvar su vida. Estaba revelando su inquietud y ansiedad, inmóvil desde el principio hasta el fin, el presidente dejó de hablar, y todos, fijos siempre los ojos en él, se movieron.

Un ligero movimiento en el aire, y mirando á su alrededor, empezaban de levantarse para deliberrar la vista á las galerías, y pudo ver que habian unas sobre otras para elevarse y bajar los unos sus gemelos, e hijos, cuyos rostros se leia el horror en voz baja con sus vecinos, y no hacerle caso y aguardar con impaciencia del jurado, extrañándose de la decision. Pero en todo el auditorio se veian rostros, que se encontraban allí en un solo semblante en el que presentaba patía, ó cuya expresion revelaba el deseo de verle condenado.

Mientras contemplaba todo esto, sucedióse de repente un movimiento detrás de sí, y vió que los jueces se movian al presidente. Era solo para sonreírse.

Considerólos atentamente un momento, saliendo con objeto de adivinar de que lado se inclinaba la mayoría; pero todo fué en vano. Tocóle el carcelero en el hombro, y le siguió á un ángulo de la sala en donde se sentó. Si no le hubieran enseñado el banco colocado cerca de él, no le habria visto.

Entonces volvió á mirar á la galería: entre los espectadores, los unos se preparaban á comer, y los otros se hacian aire con sus pañuelos porque hacia mucho calor. Ocupábase un jóven en bosquejar en un album las facciones del acusado, y el judío, curioso por saber si el croquis era exacto, y aprovechando un momento en que el artista se ocupaba en afilar su lápiz, inclinóse para mirar el bosquejo, como hubiera podido hacerlo un espectador indiferente.

Divisando luego á un anciano que volvia despues de media hora de ausencia, preguntóse si aquel hombre habria salido para comer ó para evacuar algun otro asunto, y continuó entregándose á esta clase de reflexiones hasta que un nuevo objeto llamó su atencion para hacerle concebir otras ideas por el mismo estilo,

Y no era que durante este tiempo le hubiese abandonado un solo instante la espantosa idea de que tenia la fosa abierta á los piés; presentábase aquel pensamiento á su mente, pero de una manera vaga y general, y no podia dominar su espíritu. Así, mientras se estremecia de terror, poniéndose rojo como el fuego al pensar que iba á morir muy pronto, entreteníase en contar las varillas del enrejado del tribunal, asombrándose de ver una rota, y preguntándose si la compondrían ó no. Pensaba con horror en el cadalso y en la horca, y deteníase despues para mirar á un hombre que regaba el suelo, volviendo luego á sus siniestros pensamientos.

Al fin se oyó gritar: «¡Silencio!» y todos contuvieron la respiración, mirando hácia la puerta.

Los jueces volvieron á entrar y pasaron junto al judío, pero este no pudo leer nada en sus semblantes, impassibles como el mármol.

Después de esto, todos estaban inmóviles.

Pasa otro dia... llega la noche; noche larga por su espantoso silencio, y corta por la rapidez con que huyen las horas. El judío proferia blasfemias y se arrancaba los cabellos. Hombres respetables de su religion fueron á rezar á su lado, pero los echó lanzando mil imprecaciones; renovaron sus esfuerzos, y los maltrató.

Llegó el sábado; ya no le quedaba mas que una noche de vida; vino el nuevo dia; era domingo.

Hasta la noche de aquel último y terrible dia, no se hizo cargo de su situacion desesperada y del espantoso desenlace que iba acercándose por momentos; y no porque esperase que le perdonaran, sino porque solo entreveia de una manera vaga la posibilidad de morir tan pronto.

Jamás habia dirigido la palabra á sus dos guardianes, que por su parte no hicieron nada para llamar su atencion, y estuvo siempre inmóvil en su banco, soñando despierto; pero ahora, levantábase á cada momento con un temblor en los labios, y recorria el calabozo en tal paroxismo de terrores, que los carceleros, aunque acostumbrados á esas escenas, retrocedian de espanto y

se cubrian con la piedra y pensó en lo pasado; recordando su captura con algunos de los suyos; la multitud; su cabeza ensangrentada; sus rojos cabellos caian sobre su pesada barba causaba horror, y sus ojos siniestros. Dieron las once y media; no era un sueño; deslizábase; ¿dónde estaria cuando las campanas tocaran el rededor del cuadrante? Al dia siguiente le llevaria al patíbulo sin tener un momento de reposo. A las once...

Newgate que han ocultado tan pronto como las gongonias, no solo á los ojos, sino á los oídos de los hombres, no habian presenciado esa escena... Las gentes que pasaban preguntándose qué habia ocurrido, criminal á quien iban á ejecutar, habrian podido dormir si le hubieran visto entonces en el fondo de su

estuvieron presentándose á la vista en pequeños grupos de tres á cuatro personas, con aire inquieto si se habia hablado de la pena; y al verlos se apresuraban á participar la buena noticia. Estaban en la calle. Mostrábase el reo, el sitio donde se celebraba, y á eso de la media noche, se dispersaron como con sentimiento á poco desierta y silenciosa. En los alrededores de Newgate habian barreras pintadas de negro, que cubrian la multitud, cuando se presentó en un carruaje, acompañado de Oliverio. El carruaje era firmado por uno de los jueces para ver al reo, y fué introducido en el interior de la cárcel.

(Se concluirá.)

de la moda.

Los hombres que acompaña á este número de la moda que reasumen las últimas novedades por los sastres parisienses. No son desconocidos; pero de todas las modificaciones que merecen ser se-

El señorito de quince años, y se le ve en el saco, que cae derecho hasta la cintura, no ser muy anchas, tampoco son muy anchas. La manga en relieve, ofrece una anchura sobre el botito. El chaleco de bufanda de rico cachemir á cua-

El chaleco, adornado con una cinta azul, es el mas apropiado para un hombre de cuarenta á

El ancho chaqueton de terciopelo, con un boton no mas, con cuello

pequeno y mangas noiguadas y poco largas.

Chaleco alto, bastante largo y cortado en forma cuadrada; pantalón de color de castaña claro, de paño mezclilla, y sombrero redondo, bajo de forma, con cinta de terciopelo negro.

La tercera figura lleva un traje para un hombre de treinta y cinco años, que constituye el tipo del vestido de calle.

Compónese de un ancho paletó con dos hileras de tres botones cada una; las solapas son anchas y el cuello relativamente estrecho. Bolsillos á los lados. Los faldones bajan hasta la rodilla. Pantalón angosto, de tejido de rayas, y sombrero de altura ordinaria.

El último traje es de soirée. Frac negro muy abierto, anchas solapas que bajan hasta la cintura, y cuerpo cortado á ángulo recto y faldones angostos.

Chaleco abierto en forma de corazon y abotonado solo con dos botones, dejando ver una pechera de camisa ricamente bordada, y pantalón casi ajustado,

ese el dirrete, el nudo correizo; ¿no son esas bellas figuras que reconozco bajo el hediondo velo que las oculta? ¡Luz, luz!

Al fin, cuando ya tenia las manos magulladas á fuerza de golpear la puerta de su prision, aparecieron dos hombres; el uno llevaba una luz, y el otro un jergon donde pasar la noche, pues ya no debía perderse de vista al preso un solo instante.

Llegó la noche... sombría, siniestra y silenciosa; aquellos que velan se alegran de oír los relojes de las iglesias, porque sus campanadas les anuncian la continuacion de la vida y la proximidad de una nueva aurora; pero para el judío no anunciaban mas que desesperacion. Cada tañido era para él una señal de agonía, cada rumor llevaba hasta las puertas de su calabozo en son de tristeza, monótono y profundo, la palabra... ¡muerte! ¿De qué le servian el ruido y el movimiento, y el alegre despertar de la mañana que llegaban hasta él? Aquello no era ya sino un rumor fúnebre que le recordaba su próximo fin.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— Oh, sí, muy pobre, exclamó Itzig.

— Pues bien, haciéndome cargo de vuestra posición y de la circunstancia, feliz para vos, que cuento precisamente con algun rato desocupado y que me siento muy dispuesto á dedicarme mas bien á la teoría que á la práctica, os pediré á lo menos cincuenta escudos, de los cuales me entregareis veinte y cinco antes de la primera lección, y por lo que respecta á los otros veinte y cinco restantes, me firmareis un vale, que yo mismo redactaré, pagadero al cabo de un mes.

— ¡Cincuenta escudos! exclamó Veitel asustado, y se dejó caer en un taburete como atacado por una apoplejía. ¡Cincuenta escudos! repitieron maquinalmente sus labios, como si se le hubiera embotado el entendimiento.

— ¿Es demasiado para vos? preguntó el antiguo agente con acritud. ¡Pues bien! en ese caso es preciso que os diga, querido señor Itzig:

Primero: que no quiero tratar con un barbilampino como vos.

Segundo: que hasta ahora no he transmitido mis conocimientos á nadie por tan poco precio.

Tercero: que antes me daría al diablo que ocuparme de vos, si no tuviera precisamente gran necesidad de permanecer en este cuarto algunas semanas.

— ¡Cincuenta escudos! exclamó Itzig enteramente fuera de sí; yo me figuraba que todo me costaría dos ó lo mas tres escudos. Yo hubiera añadido á eso un chaleco y un buen par de botas.

El antiguo agente llevó con viveza la mano á los anteojos... Itzig, viendo próxima á estallar la tempestad y observando que el sombrero del escribiente demandaba un pronto reemplazo, añadió presuroso:

— Y un buen sombrero casi nuevo.

— ¡Vete al diablo, imbecil! contestó el agente con un tono de superioridad que Veitel no había sufrido hasta entonces mas que de los jóvenes de elevada clase que llevaban en su compañía grandes perros daneses. ¡Busca algun galopin que esté de ayudante en las escuelas gratuitas!

— Pues qué ¿acaso no sois maestro? preguntó Itzig mortificado pero sin acobardarse.

— No, ¡tonto de capirote! dijo nuestro viejo extremadamente encolerizado, y continuó hablando alto como si estuviera solo: ¿Es posible que Ehrental haya admitido á su servicio un idiota semejante? ¿Pues no me toma por un maestro de escribir?

— Entonces ¿quién sois? preguntó Itzig herido en su amor propio.

— Eso no te importa, contestó el extranjero con tono brusco. Y dirigiendo al pobre Veitel una mirada penetrante, abandonó su sitio y se fué al balcon.

Luego se agazapó en un rincón, de manera que se le hubiera tomado fácilmente por un lío de ropa, sacó una escritura del bolsillo y se puso á leerla con mucha atención.

Veitel, despues de haber permanecido un instante como aturdido en la pieza solitaria, adoptó al fin la resolución de hacer algunas preguntas á Pinkus respecto al extranjero.

Bajó con un pretexto cualquiera á la taberna, y preguntó al huésped con la mayor calma posible, cuál era el nombre y la ocupación de aquel hombreillo de los anteojos.

— ¡Cómo! ¿no le conocéis? dijo Pinkus con irónica y equívoca sonrisa, que lo mismo podía interpretarse dirigida á Veitel que al forastero. Tened cuidado de no conocerle á vuestra costa. En cuanto á su nombre, podéis preguntárselo á él mismo que debe saberlo mejor que yo.

— Si no tenéis confianza en mí, contestó Veitel, me explicaré con entera franqueza; y en seguida le contó su conversación con el forastero.

— ¿De veras ha querido daros lecciones? dijo Pinkus admirado sacudiendo su voluminosa cabeza... Cincuenta escudos es mucho dinero; pero es menester que sepáis que mas de un hombre acaudalado daría cien veces esa

quiere que se sepa. En vista de ello no direis á persona viviente que se hospeda en mi casa.

— Si yo no sé el nombre de ese sugeto, dijo Veitel, ¿cómo quereis que revele que se hospeda en vuestra casa?

— Podeis fiaros de este jóven, observó Pinkus al forastero que levantó negligentemente la cabeza.

El posadero dejó la luz en el cuarto, dando las buenas noches al forastero. Este se colocó á su gusto y despachó su cena haciendo con la lengua un ruido fuerte y desagradable, mirando á Veitel como un cuervo viejo fija su vista en el polluelo que en la imprudencia de la juventud tiene el atrevimiento de acercársele.

Mientras el antiguo agente le devoraba con la vista, de repente le ocurrió al jóven Itzig que tal vez aquel extraño personaje de exorbitantes pretensiones era uno de esos hombres escogidos, de imaginación despejada, que con cualquier mágica receta aseguran infaliblemente á un pobre mercader la fortuna y con ella el oro y todos los bienes de la tierra.

Al abrigar este pensamiento sintió de piés á cabeza un calor desconocido. Si el aspecto del forastero no denotaba riqueza y felicidad, tal vez aquel traje no era mas que un medio para ocultar su verdadera posición.

Tambien podia estar poseído de una sórdida avaricia, ó bien, por una razón cualquiera, no tener el derecho de servirse él mismo de sus mágicos recursos.

Veitel era ya bastante instruido para saber que no se adquiriría la fortuna por medio de ningun elixir ni amuleto, pero que se consigue por medio de la ciencia; habia reconocido tambien que todo no depende del mayor talento que uno tenga ni de ser mas ladino y astuto que los demás y que este talento tiene tambien sus inconvenientes para el que le posee, y hasta le parecia que practicando esta ciencia, se debia correr el riesgo de vender su alma á Satanás; pero no pudo refrenar por mas tiempo el deseo de levantar por poco que fuera el velo que encubria estos misterios.

Sus manos temblaban como si tuviese calentura, su rostro pálido ardía cuando salió nuevamente de su rincón, se acercó de nuevo al forastero y le dijo:

— Caballero, me voy á tomar la libertad de haceros todavía una pregunta. He oido decir que hay una ciencia que facilita en los negocios, la certidumbre de hacer todas las transacciones, tanto de compra como de venta, con las mejores condiciones. Si esta ciencia, si este arte existe como me han asegurado, deseo saber solamente si es esta la ciencia en que podriais iniciarme.

El anciano agente saltó de su asiento y miró al jóven frunciendo frecuentemente el entrecejo.

— Tú eres el individuo mas curioso con quien he tratado *in praxi*. O eres muy bestia, ó eres el mejor cómico que he conocido en los dias de mi vida.

— No, yo no soy bestia, pero deseo instruirme, dijo Veitel.

— A fe mia, este es un muchacho extraordinario, exclamó el forastero levantando los anteojos para mirar á Veitel, intimidado por el brillo inmóvil de los cristales. Despues de un largo exámen, el agente tomó un aire protector: Eso que tú llamas una ciencia, un arte, hijo mio, dijo, no es mas que el profundo conocimiento de las leyes, la habilidad de hacer interpretar la ley en provecho propio. El que sabe eso, llega á ser un grande hombre en la sociedad; nada puede impedirselo, porque no puede ser ahorcado.

A estas palabras, el viejo reía de una manera que hizo estremecer á Veitel, á pesar de que difícilmente se impresionaba.

— Ese profundo conocimiento de las leyes, continuó el hombreillo de los anteojos, no se adquiere fácilmente

cantidad, si supiera... Pero á mí qué me importa vuestro maestro y vuestras lecciones! añadió Pinkus con aspereza, y fué á sentarse al mostrador cerca de las botellas de licor.

Veitel volvió á subir mas turbado que al bajar y se sentó de nuevo muy pensativo en un rincón, costándole mucho convencerse de que por una cosa tan comun como el estilo mercantil le exigieran una suma tan considerable. En el intervalo, el posadero habia subido y colocado encima de la mesa una luz y una frugal cena para el forastero. Contra su costumbre, Pinkus se mostró muy afable con él, fué á buscarle al balcon y tuvo una breve conversación, de la cual se puede suponer fué Veitel el objeto.

Volviendo á entrar en la sala con el forastero, Pinkus se dirigió á Veitel en estos términos:

— Este señor debe pasar aquí algunas semanas y no



ROMA. — Entrada de las tropas francesas en Roma el 30 de octubre.

te, hijo mio; es necesaria una larga práctica, un espíritu especulador, resolución en el momento oportuno, y ante todas cosas, lo que los hombres competentes llaman *carácter*; y sonrió de nuevo.

Veitel se apercibió que entraba en una importante fase de su vida. Llevó la mano á la chupa, donde tenia su vieja cartera, y la tuvo un instante entre sus trémulos dedos. Los sentimientos que agitaron su alma en este momento, rápidos como el pensamiento, fueron penosos y atroces, sucediéndose con la velocidad del relámpago. Se representó á su anciana madre, honrada mujer, que para poder coser seis ducados en la bolsa de cuero de su hijo, habia vendido su cadena de oro; resonaban todavía en sus oídos las palabras que le dijo en el momento de separarse de su lado derramando abundantes lágrimas:

— Veitel, en el mundo hay mucha maldad; gana tu subsistencia honradamente.

Veia á su anciano padre tendido en el ataúd con su larga barba blanca que descansaba sobre su descarnado cuerpo... Su respiracion era difícil. Pensó tambien en los cincuenta francos y en las penas que habia soportado para ganarlos poco á poco. ¡Cuánto habia tenido que correr! ¡cuántas injurias habia tenido que sufrir, y cuántas veces le habian amenazado con una paliza para librarse de sus importunidades!

Cuando le asaltó este pensamiento, sacó violentamente la cartera del bolsillo, la arrojó sobre la mesa, y apoyando en ella su puño cerrado, exclamó con los ojos radiantes:

— Aquí hay dinero.

En el mismo instante en que pronunciaba estas palabras, excitado por la pasión y con un movimiento febril, comprendia á no dudar que estaba á punto de cometer una mala acción y sentia como si oprimiera su pecho un peso invisible.

Pero su resolución estaba tomada. Muy lejos estaban de pensar los jóvenes que habian despedido ásperamente de su casa al pobre judío importuno, que un día sus ultrajantes palabras despertarían en aquella alma ulcerada sentimientos que mas tarde les hundirían á ellos mismos en la miseria y la desolación.

Al cabo de algunas horas, no quedaba mas que un cabito de la larga vela, y á su luz roja y vacilante, Veitel permanecía siempre con la boca entreabierta, los ojos brillantes y echando fuego por las mejillas, devorando las palabras del viejo agente, y sin embargo este hablaba de cosas muy fastidiosas para la mayor parte de los hombres, es decir, de créditos y de obligaciones.

La luz se habia extinguido, el hombrecillo habia vaciado la botella de aguardiente llenada por segunda vez, y fatigado por su larga conversacion, dormia sobre un jergon, mientras Veitel, sentado en un taburete, estaba siempre con el oído atento.

Ahora Veitel no se acordaba de sus parroquianos, ni del dinero que habia desembolsado; pero escribía en las negras paredes letras de cambio en las cuales el firmante se obligaba, con las menos palabras posibles, y escribía cartas de pago por el dinero prestado, en las que por añadiduras poco aparentes, hacia el reembolso obligatorio para el día que á él le acomodaba.

De esta manera permaneció en medio de las tinieblas que pesaban sobre él como el plomo, corriendo por su frente y sus mejillas gruesas gotas de sudor. Luego abrió la puerta que conducía á la galería de madera, y apoyándose en la baranda, miró á través de la pálida claridad del naciente día, el agua que corria ante sus ojos como un torrente de tinta.

Se puso de nuevo á escribir con el pensamiento en las sombrías fachadas de las casas de enfrente pagarés, y á trazar finiquitos en la sombría superficie del agua, hasta que fatigado su cuerpo cedió al cansancio y se durmió en un rincón con la cabeza apoyada en el tabique.

Un viento frio agitaba el agua cuyo

murmullo venía á estrellarse contra las estacas de madera y los saledizos de las casas viejas. Todo lo que Veitel habia trazado en las sombras de la noche desapareció, quedó borrado; todo cuanto habia escrito en el agua se lo llevó la corriente, y sin embargo, su alma habia contraído en esta noche una deuda que deberá satisfacer en su día con los intereses de los intereses.

El viento y el torrente rugían y gemían, como dos testigos inflexibles de la deuda, y como los mensajeros vengadores en el día del juicio.

Después de esta noche, Veitel se retiraba cada tarde precipitadamente á su albergue y continuó con regularidad sus lecciones. El viejo agente era un maestro iniciado en los misterios más profundos del cambio y de las hipotecas; sabía todas las formalidades exigidas por la ley y las sutilezas de que se valen hombres camastrones, estando familiarizado con todos los procedimientos por medio de los cuales se puede eludir la prescripción formal de la ley.

Su método de enseñanza era perfecto. En todo acto judicial y en toda transacción legal, tomaba por punto de partida la forma establecida, hacia conocer á su discípulo las leyes que se referían á cada negocio en particular, y hacia sus lecciones claras y agradables con ejemplos palpitantes.

Sin andarse con rodeos indicaba en seguida para cada caso particular los pequeños medios por los cuales se podía asegurar la completa libertad respecto de una obligación.

Cada noche, Veitel anotaba en su cartera algunas recetas preciosas, algunas fórmulas de redacción que á nada comprometían, al lado de otras que bajo una sencillísima forma obligaban á más de lo que á primera vista parecía.

Algunas veces el profesor trazaba por sí mismo una de esas obras maestras, y la hacia copiar por su discípulo, teniendo cuidado de quemar en seguida á la luz de la vela lo escrito por su mano.

Cuando habia algunos forasteros en la posada, el maestro y el discípulo se colocaban en algun rincón retirado y hablaban muy bajo. Los asistentes respetaban aquel pasatiempo misterioso, porque en este caso, Veitel decia siempre que aquel señor le instruía en la tenebrosidad de libros y en otros conocimientos útiles.

Todo lo que Veitel supió paulatinamente respecto á su maestro, su nombre y sus aventuras, merece ser referido aunque someramente. M. Hippus habia visto mejores días.

En otro tiempo, abogado distinguido y muy buscado de la capital, se habia formado en pocos años una brillante clientela. Entre los hombres de negocios de una gran ciudad, todo abogado adquiere muy pronto en su especialidad cierta reputación, y por poco asegurada que esté llega á ser un objeto de conversacion interesante para una clase escogida de la sociedad, como la reputación de una cantatriz ó de una bailarina.

En la expresada clase, maese Hippus pasaba por un hombre muy amable en las relaciones que mantenía con sus clientes y se le conceptuaba bastante hábil para no retroceder ante ninguna dificultad y para hacer buena una causa por mala que fuese.

Al principio tenia tan poca propension como el abogado más concienzudo á erigirse en defensor de los negocios embrollados.

Experimentaba una sensacion penosa y mostraba poca confianza en sí mismo cuando sostenía una causa que le parecia mala, y se encontraba en casi todo á la misma altura que el más honrado de sus colegas; tal vez tenia menos escrúpulos que ellos, pero era más aficionado al buen vino de Burdeos.

Esta última circunstancia, muy loable por sí misma, se cambió pronto en debilidad. Era amigo de tener buenos almuerzos y su entendimiento cáustico y perspicaz hacia que se buscara su compañía en la mesa.

Amigo de la paradoja espiritual, lo sacrificaba todo al buen decir y no usaba contemplaciones con los que la casualidad hacia que fuesen sus adversarios. A causa de su inclinación cada día más pronunciada por el burdeos, gastaba mucho y en consecuencia se vio naturalmente obligado á ganar mucho.

El placer que encontraba en las sutilezas le arrastró algunas veces á poner toda la energía de su brillante imaginación al servicio de una mala causa y haría triunfar, teniendo muy pronto lá desgracia que acompañaba con frecuencia á los abogados que son bastante afortunados para ganar causas desesperadas; vio acudir á él á todos los que tenían una causa injusta que defender; durante algun tiempo se mostró poco accesible, y no necesitaba más que hacer un pequeño esfuerzo para desembarazarse de aquella clientela de ladrones como él la apellidaba, pero insensiblemente y empleando todo su talento en hacer triunfar las causas de peor especie acabó por ser también él mismo un malvado.

Cada día aumentaban sus necesidades y la seducción era mucho mayor: cada día sus escrúpulos disminuían y hacia ya mucho tiempo que en su interior estaba corrompido, conservando exteriormente, como los hongos llenos de un polvo venenoso, un aire sano y esplendente.

Habían llegado á predecirle que acabaría por ser el abogado que tuviera más clientela entre todos los del colegio, y que sería un día uno de los hombres más ricos de la capital.

Entonces le sucedió á él, al hombre tan listo, tan há-

bil y de tal modo al corriente de las leyes, la desgracia de sufrir una prueba judicial por no haber sabido, en un asunto que no podía defenderse más que con falsos argumentos, ponerse en guardia contra la letra de la ley.

Fué condenado, despojado vergonzosamente de su título y desapareció como un astro caído entre el círculo de sus colegas.

La poca honradez y los pocos escrúpulos que podían haberle quedado se desvanecieron entonces con la mayor rapidez. En realidad, el capital que habia acumulado era poco, no tenía más que derechos dudosos sobre los bienes de otros, créditos cuya insolvencia era notoria, y escrituras tachadas de nulidad, que en otro tiempo se habia procurado sin gran trabajo.

Se impuso la tarea más ó menos ingrata de perseguir á los que él miraba como deudores suyos, porque en su desgracia habia conservado más que nunca la afición á derrochar.

También se le vio todavía durante algunos años cansar á todos los tribunales y á todas las audiencias con sus querellas y sus eternos embrollos.

Lo que ganaba con sus pleitos, lo gastaba con las malas compañías, y en su desorden se abandonaba á todos los excesos de comida y bebida. Pero sus inciertos beneficios desaparecieron, su nombre dejó muy pronto de figurar en los procesos, y su persona no apareció más que en lóbregos restaurantes. Sin embargo, su actividad era infatigable.

Reducido al papel de poste de figón y de abogado consultor de los frecuentadores de garitos y de chiribitiles, suscitaba pleitos de mala condicion y prodigaba consejos á especuladores de baja ralea y á los bribones.

Vivió así en esta misteriosa actividad durante algunos años haciendo todo el mal que pudo para desahogar su odio contra las grandezas no abatidas y satisfacer su pasión por los placeres más groseros.

Desgraciadamente no consiguió escapar á la vigilancia de la justicia. Perseguido por sus consultas no autorizadas, pretextó un largo viaje y permaneció oculto por algun tiempo.

De este modo habia ido á parar á casa de M. Pinkus, de quien habia sido algunas veces el agente y defensor, y esto le habia facilitado el tiempo necesario para iniciar al joven Itzig en su arte de hacer trampas.

Sin embargo, Hippus no se descuidó en obrar con mucha circunspección. Tantas cuantas veces enseñaba á sus discípulos alguna trapacería, que trazaba como un arabesco en línea recta del estilo mercantil, no dejaba jamás de añadir, con su infame sonrisa:

— Ten bien entendido, que te digo esto para que estés sobre aviso.

Esta frase estereotipada llegó á ser para el maestro y el discípulo un manantial inagotable de chanzonetas hasta después que Veitel habia dado ya pruebas de una perspicacia extraordinaria y de poseer todas las cualidades necesarias para ser el apóstol de esta ciencia oculta.

Las lecciones que Hippus daba á Veitel llegaron á ser muy pronto para él una necesidad nacida del corazón, porque bien que hubiese llegado á ser en todos conceptos un malvado, bien que fuese difícil encontrar en él alguna buena circunstancia, y que la negra envidia que encerraba en su pecho en lugar de un corazón de carne y de sangre, no se hubiera extinguido todavía enteramente, si sentía sobre todo la necesidad de odiar, sentía también la de verse apreciado.

Después del trascurso de muchos años, se le presentaba una ocasión de desarrollar largamente su saber, de mostrar su talento, y de inspirar en algun modo una especie de culto á una criatura humana.

En otro tiempo habia sido jurista despejado y hábil. Durante su vida disipada, una gran parte de su saber se habia desvanecido como el humo; pero lo que le restaba era suficiente para imponer al joven adepto.

Así es que con un placer melancólico, el sentimiento más noble que este hombre depravado habia experimentado en muchos años, mostró á Veitel los últimos tesoros de su talento.

La atención que le prestaba Veitel le halagaba mucho. Empezó á mirarle como su hechura, y á desarrollarse insensiblemente en su corazón hacia el joven judío una inclinación sobre la que á él mismo le ocurrían cómicas chanzonetas.

Y sin embargo era una necesidad para aquel miserable, porque la bondad de la naturaleza humana es indestructible, y por muy corrompido que sea un hombre, no ha muerto para él enteramente todo sentimiento virtuoso.

La fuerza vital de la naturaleza humana busca siempre el lado sano por el cual pueda desarrollarse hacia el bien, pero la maledicencia unida á una naturaleza corrompida pretende que hasta los buenos sentimientos le arrastren á su mal y á su ruina.

A poco tiempo el joven discípulo llegó á ser para el anciano maestro el ser más interesante de la tierra, y aguardaba con impaciencia la hora de la noche en que el pobre diablo iba á recibir su lección.

Algunas veces llegó á guardar para Veitel algunos restos de su cena y de su aguardiente, y cuando á la pálida luz de la lámpara, el judío Itzig comía con gran apetito aquella vianda fría, el viejo agente le miraba con satisfacción.

Un día de mal tiempo que Veitel se habia resfriado y estaba tendido encima del jergón con una fuerte calentura teniendo por abrigo un ligero cubrecama, llegó, y aunque pareciera increíble, Hippus tomó de su propia cama un plumón que habia obtenido por una extraña

atención del posadero, y lo tendió sobre el pobre enfermo, y cuando Veitel le mostró su reconocimiento con una sonrisa, el envejecido pecador experimentó de nuevo un sentimiento de alegría.

Veitel merecía estas muestras del afecto que habia hecho nacer en el corazón del viejo Hippus, porque le demostraba más respeto que jamás discípulo alguno habia tenido al maestro más ilustre.

Le ofreció facilitarle todo un traje nuevo por lo que le costara, y regateó con tenacidad para procurarle una levita en buen estado lo más barata posible, estando siempre dispuesto á llenarle la botella de aguardiente, porque sabía que esta era la parte débil de su digno maestro.

Le participaba sus pequeñas especulaciones, y hasta llegó á ofrecerle regalillos algunas veces por la noche, y cuando el resultado de sus negocios al cabo del día era satisfactorio, entraba en una tocinería y compraba para su amigo Hippus una morcilla á la que no hubiera tocado por nada del mundo.

Sin embargo, esta amistad no estaba exenta de piques. El viejo Hippus no podía abstenerse de hacer sentir á Veitel su humor bilioso por lo mismo que Itzig trataba á su anciano maestro, cuando este se dejaba subyugar por los efectos del aguardiente, con poca veneración, lo cual probaba que el sentimiento del respeto no habia echado en él grandes raíces.

Pero en el fondo, nuestros dos honorables personajes estaban perfectamente acordes, y acabaron por no poder vivir el uno sin el otro.

Durante el tiempo que Hippus permaneció en su escondrijo, Veitel aprendió algo más que las trapacerías de su profesion.

Llegó al punto de hablar y escribir correctamente el alemán y se dedicó á la lectura de libros que Hippus le hacia escoger en su humilde gabinete de lectura.

Leía con preferencia las descripciones y aventuras de viajes por mar y tierra, la conquista de América y otras empresas conmovedoras, á las cuales su imaginación apropiaba toda clase de negocios.

Su maestro le puso al corriente de una multitud de reseñas sobre la vida de los hombres y de los pueblos, entre los cuales colocó al país en que él mismo vivía y acerca del cual habia estado en una completa ignorancia. De esta manera se operó en pocos meses un cambio en las maneras de Veitel, que no pasó desapercibido á los ojos del observador Ehrenthal.

Este notó que Veitel tenia un aire menos grotesco, que hablaba y escribía más correctamente, y que en los negocios mostraba una seguridad y nociones de derecho bastante raras en un dependiente como él.

M. Ehrenthal habló en familia de este cambio como un cortijero habla de la magnífica cabeza de un toro de raza, y al fin del primer trimestre anunció espontáneamente al joven, que no tendría que limpiar más las botas, y que desde aquel día en adelante no comería tampoco delante de la puerta de la conoia.

Además le declaró que le concedía una plaza en el escritorio y que iba á señalarle fuera de la comida un pequeño sueldo.

Al ver que habia llegado el día del cumplimiento de estas promesas que habia estado aguardando mucho tiempo, Veitel dió pruebas de un gran imperio sobre sí mismo.

Dió gracias á su principal con mucha humildad y ofreció hacerse digno por su parte de tantas bondades.

— Todavía tengo que hacerlos una petición, petición importante que os ruego acojais indulgente. Desearía que me fuese permitido sentarme una vez á la semana á la mesa de M. Ehrenthal. Como os mostrais tan bondadoso respecto á mí, creo que no me negareis este favor. Esto me enseñará á vivir en la buena sociedad y á acostumbrarme á las maneras del gran mundo, y en cambio podeis descontarme algo por la comida.

Ehrenthal admirado de esta demanda, movió la cabeza y dijo:

— Es necesario que hable sobre eso á mi esposa, para saber si no tiene en ello inconveniente. Aguarda á que yo le hable.

Fué efectivamente á encontrarla, y le expuso friamente la petición de Veitel, indicando de este modo que esta pretension era exorbitante. En el fondo, deseaba de buen grado que su esposa accediera á la demanda de Itzig, porque miraba como muy importante conservar en su casa un joven tan inteligente.

Pero en presencia de madama Ehrenthal, no se atrevía á manifestar su pensamiento, porque su cara mitad tenia mucho más tacto y conocimiento que él, y en todas las cuestiones de conveniencia, ella ejercía gran autoridad.

Hija de un grueso comerciante abastecedor de géneros de la corte, era inteligente en lo tocante á modas y gusto, y tenia ideas muy fijas sobre el modo de servir el té, sobre los adornos y tapicería para el mueblaje, y reunía todos los conocimientos que distinguen á una persona bien educada de otra que no lo es.

Contra la esperanza de Ehrenthal, su esposa acogió la demanda de Itzig sin manifestar la menor sorpresa. Esta no hubiera sido natural, puesto que Veitel, con un celo extraordinario, por una extremada delicadeza en ciertas y determinadas circunstancias y por su grande atención, habia sabido captarse la benevolencia de su noble ama.

— Si ese joven quiere formarse en nuestra casa, no podía haber escogido mejor escuela. Supuesto que muestra mucha aptitud para los negocios, según tú dices, te será de gran utilidad que sepa hablar y comer con gente *comme il faut*.

Después de haber adoptado esta resolución de comun acuerdo, Veitel fué invitado para ir á comer en familia, un ganso asado, el domingo inmediato. Y cuando se presentó á la hora de comer, revestido con el mas escogido de los seis trajes que constituían su equipo, con su sombrero gris enteramente nuevo en la mano, una camisa de algodón con cuello recto, y un chaleco abierto, M. Ehrenthal le introdujo expresándose de este modo:

— El jóven Itzig queda admitido en mi escritorio como tenedor de libros; no es conveniente que sea considerado como un criado, y ha llegado el momento de tratarle como á un jóven bien educado. Querido Itzig, tomad asiento en el extremo de la mesa.

IX.

En una hermosa tarde de verano, Fink, después de haberse cerrado el escritorio, dijo á Antonio:

— ¿Queréis acompañarme hoy? Voy á probar, en el río, una lancha que he hecho construir.

Antonio no se hizo rogar. Los dos subieron á un cabriolé y se hicieron llevar al río al último extremo de la ciudad, al barrio de los pescadores. Fink mostró á su compañero una lancha enteramente redonda que flotaba encima del agua como una gran calabaza y dijo con aire contrariado:

— Hé aquí el batel. ¡Pero esto es horrible! Yo mismo he tallado el modelo para el constructor, porque en este país el construir un buque con quilla es obra de romanos, he indicado todas las proporciones á ese imbecil, y me ha construido un verdadero nido de golondrinas.

— Muy pequeño es, dijo Antonio asaltado por tristes presentimientos.

— Ya os advierto, dijo Fink con tono áspero al constructor que se acercaba respetuosamente quitándose el casquete, que corre á vuestro cargo la salvación de nuestras almas, porque de seguro que nos vamos á pique con esta cáscara de nuez, y vuestra falta de habilidad será de ello la causa.

— Señor, dijo el constructor inclinando la cabeza, yo he construido la lancha siguiendo exactamente vuestras instrucciones.

— ¡Andad al diablo! dijo Fink irritado. Pero para castigaros vendreis con nosotros, pues comprendereis que no es justo que nos ahoguemos solos.

— No, dispénseme vuestra gracia, contestó el constructor con resolución, yo no iré con vos porque hace mucho viento.

— Quedaos pues en tierra, y haced á vuestros hijos una papilla con las virtudes. Dadme el mástil y la vela.

Fink aseguró el mástil, y miró si las escotas de las velas estaban corrientes y si los cabos las aseguraban bien contra las vergas. La aplicación de las nuevas invenciones se reconoció como satisfactoria.

Desarmó luego el mástil y las velas, lo colocó todo á lo largo de la lancha, que lastró con algunos pedazos de hierro, aseguró el timon, cogió dos largos remos y señaló su sitio á nuestro héroe.

Se puso en seguida á remar con la destreza de un marinero consumado, y en dos golpes se separó de la orilla; hizo balancear su cáscara de nuez en la superficie del agua, con gran contento del maestro carpintero y de todos sus vecinos reunidos en la ribera, y manifestó á Antonio su satisfacción por verle tan sereno.

— Es muy posible hacer maniobrar un buque de quilla contra la corriente, y esto es lo que yo quería demostrar á esos babiecas.

Volvió á colocar el mástil, desplegó las velas y pasó la escota del foque á manos de su discípulo, explicándole cómo debía cargar la vela y virar.

El viento soplabá á ráfagas, tan pronto se hinchaban los velachos y hacían inclinár la barca, como iban á dar contra el mástil.

— ¡Este constructor es un miserable vendedor de carne humana! exclamó Fink exasperado. Vamos de bolina inevitablemente y dentro de poco zozobramos.

— Si eso es así, yo soy de parecer que nos volvamos, dijo Antonio fingiendo indiferencia.

— Eso no será nada, contestó Fink friamente, de una manera ú otra yo conseguiré volver á tierra. ¿Supongo que sabreis nadar?

— Sí, como el plomo, contestó Antonio. Si zozobramos estoy seguro de ir á fondo. Tendreis el trabajo de sacarme del agua.

— En todo caso, si caeis al agua, no intentéis cogeros á mí, repuso Fink: este sería el medio mejor para que nos hundiéramos los dos; aguardad tranquilamente á que vuelva á buscaros. Por lo demás no hariais mal en desnudaros y quitaros las botas; se está mejor en el agua cuanto menos ropa se lleva.

Antonio obedeció sin replicar.

— Muy bien, dijo Fink. Bien considerado es un pobre gusto el pasearse por este río. Aquí no hay olas ni viento, y para decirlo todo, ni aun agua: otro nuevo contratiempo, nuestra barca enredada. ¡Eh, barquero!..... ¡Desamarrad! ¿Qué diriais si esa mala ribera desapareciera de repente, nos balanceáramos en alta mar, entre cielo y agua, en medio de unas olas altas como aquel árbol que veis allá abajo, y con un viento que os portara las orejas y os torciera las narices?

— Confieso que no me agradaría mucho, repuso Antonio con alguna inquietud.

— ¡Quién sabe! hay pocas situaciones peores. Pensad que aun en ese caso, sería todavía una gran felicidad

que hubiera entre nosotros y el agua algunas miserables duelas. Pero ¿y si nos encontráramos sin barca, sin ribera á nuestra intermediación, y en medio de olas como montañas?

— Por el pronto, aseguro que estaría perdido, exclamó Antonio verdaderamente asustado.

— En cuanto á mí, os diré: conozco á un amigo fiel de quien me fiaría sin temor en caso de peligro. ¡Pues bien! le ha sucedido una cosa parecida. Una tarde magnífica se paseaba mi hombre por la orilla del mar, se decide á bañarse, se desnuda y se arroja al agua y nada alegremente. Las olas le levantan y el vendabal le arrastra. El agua está caliente en derredor de él, el sol poniente refleja sus rayos en las doradas ondas y en el firmamento brillan mil centelleantes estrellas. El dichoso nadador no puede dominar su alegría.

— El nadador érais vos, ¿no es eso?

— En efecto. Continúo pues nadando durante algun tiempo, hasta que á la incierta claridad del crepúsculo, me apercibo de que ya es hora de renunciar á balancearse en medio de las aguas y que es preciso ganar la playa. Me vuelvo pues para dirigirme á tierra, cuando veo... ¿qué direis, maese Wohlfart? adivinado!

— ¡Un navío! exclamó Antonio, ¡algun pez!

— No, dijo Fink; no ví nada absolutamente. La tierra había desaparecido. Por mas que me levanto sobre las olas y miro en la oscuridad, á cualquier lado que dirijo mi vista no descubro mas que cielo y agua. La corriente, mas poderosa que yo, me había llevado lejos de la tierra; yo bogaba en alta mar en el Océano Atlántico, entre Inglaterra y América. Yo sabía dónde me hallaba, pero en la situación precaria en que me encontraba, mi conocimiento geográfico me servía de muy poca cosa. El día desaparecía rápidamente, las negras sombras iban en aumento y se reflejaban en las amontonadas olas. Un viento frío soplabá por encima de mi cabeza, apenas podía distinguir el resplandor gris del cielo y las desencadenadas olas en torno mio.

— Vuestra situación debía ser horrible, dijo Antonio.

— Fué aquel un momento en que creí que iba á terminar mi existencia. Reconocí naturalmente, examinando el cielo, hácia qué lado se encontraba la tierra. Pero hé ahí que se presenta una dificultad: ¿quién sería mas poderoso, mi brazo ó la corriente? Entonces se trabó una lucha terrible, una lucha á muerte, entre yo y la perfidia del dios de las aguas. Con las brazadas de vuestras escuelas de natación hubiera ido muy poco lejos. Así es que empecé á rodar y á saltar hácia adelante, como lo hacen las focas y los salvajes. De este modo lo mas que pude conseguir fué sostenerme infinidad de horas. Puse en juego mis brazos y mis piernas. Fué aquella una de las luchas mas espantosas de mi vida. La oscuridad era completa; las olas de esmeralda se habían transformado en un líquido negro como la pez; no se veía asomar por encima de ellas mas que la blanca espuma, que se elevaba en derredor de mí como espectros envueltos en una mortaja que me escupían al rostro. Un cielo de color gris plomizo estaba encima de mi cabeza, á intervalos una sola estrella brillaba entre la niebla; este era mi único consuelo. Yo nadaba así entre las negras sombras hácia la inmensidad infinita. Mis fuerzas menguaban y la infernal oscuridad que me rodeaba me inspiró alguna vez el pensamiento de renunciar á inútiles esfuerzos. La oscuridad se hizo mas densa todavía, las estrellas se apagaron enteramente, yo ya no sabía á dónde dirigirme, mi situación llegó á ser desesperada. Sentí que se acercaba mi última hora; mi respiración era dificultosa y ante mi vista divisaba una porción de lucecitas, tantas como luciérnagas deben iluminar el camino del infierno. De repente, en el momento en que medio privado de mis sentidos, acababa de irme á fondo con una oleada, hé aquí que siento bajo mis piés una cosa que no era agua.

— ¿Era tierra? exclamó Antonio.

— Sí, contestó Fink con un movimiento de cabeza, era la blanca arena. Estaba á una milla del sitio en que había dejado mis vestidos, echado en la playa como un lobo marino muerto.

Al llegar aquí Fink se calló, y mirando á Antonio como si quisiera leer en el fondo de su alma, dijo:

— Ahora, tened atención, amiguito, sacad las piernas de debajo del banco, voy á virar hácia el lado de la ribera. Permaneced tranquilo.

En este instante un fuerte golpe de viento agitó la superficie del agua, el mástil crugió, la barca se inclinó hácia un costado y no cesó de oscilar hasta que se volvió enteramente mostrando la quilla encima del agua, como la espina dorsal de un gran pez.

Antonio, fiel á su promesa, se fué, sin hacer la menor observación, al fondo del agua. Fink se sumergió con la velocidad del rayo, asíó á su compañero y le fué impeliendo hácia adelante hasta que llegó á un sitio desde el cual, no teniendo agua mas que á la rodilla, se podía llegar fácilmente á la ribera.

— ¡Qué diantre! ¿por qué no os cogéis á mi brazo? exclamó Fink jadeando.

Pero Antonio, que contra lo previsto, había tragado gran cantidad de agua, no estaba en sí, y repelia á Fink con la mano.

— Yo creo, exclamó este último encolerizado, que desea volver á irse á fondo; y cogiendo en brazos el inanimado cuerpo de Antonio, le condujo hasta la orilla.

Una multitud de gente acudió en seguida de todas partes á la vista de los dos naufragos. Fink tenía al novel marinero entre sus brazos, y procuraba ansiosamente hacerle recobrar los sentidos.

Al fin Antonio abrió los ojos, y demostró con sus ac-

ciones que no quería renunciar tan pronto á la agradable sociedad de sus conciudadanos.

— ¿Cómo estais, Wohlfart? dijo Fink. Y mirando inquieto el pálido rostro de su compañero, exclamó: Habéis tomado el asunto con demasiada formalidad. Vamos, dijo en seguida volviéndose hácia los espectadores; *ponche, ponche*, una capa y un vaso de ron, esto os repondrá al momento.

Un tocador de gaita prestó en seguida su viejo capote militar; envolvieron en él á nuestro pobre Antonio, y le condujeron como un guerrero herido á casa del maestro carpintero, donde le sentaron en una silla.

— Ya podeis ir á ver vuestra cáscara de calabaza cómo arrastra la vela, los remos y además nuestros vestidos, dijo Fink irritado al carpintero. ¿No os lo había dicho, que esa cáscara no valía un comino?

Durante una hora Fink cuidó á su víctima con la mayor ternura; él mismo hizo disolver el azúcar para un vaso de *ponche* que ofreció á Antonio; y estrechó varias veces su mano helada. Cuando el día empezaba á declinar, Antonio se encontraba bastante repuesto para poder volver á casa del principal.

Los dos naufragos completaron su *toilette* comprando algunas prendas y zapatos al constructor de la lancha, y al entrar en casa se rieron al contemplar su extraña figura.

Fink había recobrado su sangre fría y su flema ordinarias; en cuanto á Antonio, aunque algo pálido, andaba placentero al lado de Fink con unas grandes botas embreadas.

— Escuchad, Fink, dijo al cabo de un rato con un aire de reproche, si contais conmigo para alguna otra partida, acordaos que prefiero cualquiera bebida á esa agua arcillosa. Todavía tengo el estómago lleno de ella.

— Pero ¿cómo podía yo imaginar, respondió Fink, que os bebiérais la mitad del agua del río, con un ardor de que no hay ejemplo? ¡Qué inocente sois! jamás he visto á un hombre irse á fondo con tanta franqueza. ¡No teneis igual en el mundo!

El día siguiente era domingo y cumpleaños de M. Schröeter por añadidura. En esos días señalados, los empleados en el escritorio permanecían en el cuarto principal algun tiempo después de terminada la comida sirviéndoles un criado café y cigarros.

En el momento de sentarse á la mesa, la tia de Schröeter dijo á Fink:

— En la población no se habla de otra cosa que del peligro que vos y M. Wohlfart corristeis ayer.

— No vale la pena de mentarlo, señora, contestó Fink con ligereza. Yo quería saber solamente qué cara pondría Wohlfart al ahogarse. Le eché al agua y por poco no vuelve á aparecer, y eso por pura discreción, para no causarme la molestia de salvarle. Solo un alemán es capaz de tanta cortesanía y resignación.

— Pero, Fink, exclamó la parienta despavorida, eso es tentar á Dios. ¡Ese solo pensamiento horroriza!

— No hay de horrible en todo eso mas que la suciedad de esa gotera arcillosa á la que aquí dan el nombre de río. Las náyades que habitan en esas aguas deben distinguirse poco por su limpieza. Pero Wohlfart sin tomar en cuenta lo cenagoso de sus aguas, se ha dejado caer en sus brazos, como se dice en una balada (1): «Ella le arrastró en parte, y en parte él se dejó caer.» Pasó sus piernas por encima del borde de la barca antes de que fuera preciso.

— Vos me lo habiais prevenido, interrumpió Antonio como para excusarse.

— Sí, continuó Fink. Yo he obrado con vos como un amigo. Yo no tengo la culpa si ha tragado tanta agua, si esta está exclusivamente baja, y si las barcas de zinc encallan en lo mas caudaloso del río. Yo le había dado antes toda clase de buenos consejos. Le había contado una larga historia sobre la manera de conducirse en el agua, y le había indicado el traje conveniente para caer en ella con mas comodidad. No se puede manifestar mayor interés por un hermano; pero todo ha sido tiempo perdido. Ha caído como una exhalación y se ha hundido con la rapidez de una carpa. Os aseguro que ha sido un trabajo penoso encontrarle en el cieno. Creo que había ya entrado en amorosos coloquios con alguna sirena, cuando al fin conseguí hallarle, porque con aire de descontento me hacía señas con la mano como si me quisiera decir:

«No me estorbeis, que me encuentro aquí muy bien.»

— ¡Pobre Wohlfart! exclamó la tia admirada. ¿Y vuestros vestidos? Esta mañana he visto en casa á un gendarme que traía debajo del brazo el lio de ropa chorreando todavía, y por él únicamente he tenido conocimiento de vuestra desgracia.

— Los vestidos han sido recogidos esta mañana á lo último de la población, dijo Fink. Carlos duda que lleguen jamás á secarse. Entre tanto, las botas de Wohlfart han ido á hacer un viaje de recreo por el Océano. Antonio se ruborizó de despecho por el tono sarcástico de su amigo, y dirigió furtivamente sus miradas hácia el extremo superior de la mesa.

M. Schröeter oía el relato de Fink con aire sombrío, y Sabina estaba pálida sin levantar los ojos del plato. Solo la parienta manifestaba una locuacidad extraordinaria, al condolerse del malogro de los vestidos.

La comida fué mucho mas ceremoniosa que de cos-

(1) El Pescador de Goethe.

tumbre. Después de haber servido el asado, M. Liebold se levantó para cumplir con el difícil cargo que le correspondía de derecho por su alta posición.

Al pronunciar el brindis principal, se esforzó en no retractar en la *menor* tímida los votos francamente enunciados en la *mayor*. Pero este brindis no pudo destruir enteramente cierta frialdad dominante en las regiones superiores de la mesa.

Cuando se levantaron de ella los dependientes se colocaron formando varios grupos al rededor de su principal y tomaron café. Algunos, de carácter más audaz que sus compañeros, llegaron á tomarse la libertad de encender los cigarros.

Durante este tiempo, Antonio examinaba tranquilamente los cuadros que había en varias habitaciones, hojeaba álbums, y rechazaba por medio de este incansante movimiento el mal humor que pudiera apoderarse de él.

Estaba precisamente examinando el dibujo de un lapiz, como si esperara que una figura atrevida pudiese destacarse de él para ir á colocarse en otro sitio, y de este modo había llegado á la entrada de la última pieza, cuando se detuvo turbado, porque á pocos pasos de él vió á Sabina: estaba apoyada con las dos manos en una jardinera, corrían de sus ojos gruesas lágrimas que caían sobre las flores, y como conmovida por una lucha interior, ahogaba la explosión de su dolor largo tiempo comprimido con una energía que la daba doble atractivo.

Antonio, á quien la casualidad había conducido allí, al presenciar aquel espectáculo que le interesó tan vivamente, quedó consternado al extremo de olvidar que debía retirarse.

En fin, al ruido que hizo para verificarlo, Sabina levantó la cabeza, se puso sobre sí, pasó el pañuelo por los ojos y dijo á Antonio:

— Señor Wohlfart, es menester que esteis sobre aviso para evitar que la temeridad de vuestro amigo, os haga correr nuevos peligros: mi hermano vería con sentimiento que vuestras relaciones con Fink pudieran causaros el menor perjuicio.

— Señorita, contestó Antonio con tono respetuoso, Fink es tan vivo como noble. Me ha sacado del agua con peligro de su vida.

— Sí, ya lo sé, replicó con una expresión que Antonio no comprendió. A M. Fink le agrada jugar con lo que es sagrado para todo el mundo.

A este tiempo, se acercó M. Jordan para rogar á Sabina que se sentara al piano. Ella se retiró bruscamente.

Antonio estaba fuertemente conmovido. Sabina Schreöter gozaba á los ojos de todos los dependientes una consideración que no permitía que fuera objeto de ninguna conversación, lo que la colocó en la dichosa posición de no excitar más que raras veces la atención de los señores que ocupaban las habitaciones retiradas de la casa.

La mayor parte de los dependientes más jóvenes, como lo probaban las chanzas de sus colegas y sus propias confesiones, habían empezado todos por prendarse apasionadamente de la señorita de la casa; y cuando, falta de alimento, la llama acababa por extinguirse, cada cual, para evitar las burlas de sus compañeros, había relegado á lo más recóndito de su corazón un fuego, que no por estar oculto ardía con menos intensidad.

Todos aquellos jóvenes estaban prontos á defender á la señorita Schreöter contra cualquiera agresión que viniese de fuera. Para todos, Sabina era una santa tan inaccesible á toda pasión como á toda debilidad. Su aspecto tranquilo la hacía bienquerer de todos, y si M. Pix la calificaba de orgullosa, no dejaba jamás de añadir:

— ¡Pero tiene un excelente corazón y es una perfecta ama de gobierno!

Si Sabina era realmente como se la figuraban todos los de la casa, es un punto sobre el cual Antonio no podía fundar su opinión. El también conocía á Sabina, pero como uno conoce la luna, que no la ve jamás sino de lejos y por un solo lado.

Todos los días estaba sentado frente á frente de ella, y admiraba de perfil el óvalo de su cara, la belleza de sus negros cabellos y el brillo de sus ojos; todos los días, en la conversación poco variada que se sostenía en la mesa, oía también el timbre de la voz de Sabina; pero esto era todo lo que sabía de ella.

En este día acababa de descubrir que la santa no vivía en esa calma, en esa insensibilidad que le atribuían



El conde Duchatel.

sus compañeros de escritorio. Una imprevista casualidad le había iniciado en el secreto dolor de Sabina.

Este dolor soportado con tanta nobleza y resignación, exaltó hasta la pasión el interés que le había inspirado. No había tenido ninguna hermana á pesar de haberla deseado con frecuencia; ahora sentía por Sabina un amor fraternal y hubiera dado su vida por librarla de su aflicción; hubiera mirado como la mayor felicidad posible poderle coger la mano y apoyar la hermosa cabeza de la apesurada joven contra su pecho.

(Se continuará.)

M. Duchatel.

La muerte acaba de arrebatarse á uno de los hombres que durante los diez y ocho años del reinado de Luis Felipe, desempeñó los principales papeles en el mundo político y parlamentario, al conde Tanneguy-Duchatel. Nació el 19 de febrero de 1803, de un padre que había figurado honrosamente en la alta administración del Imperio, se destinó desde muy luego á la vida pública, preparándose á ella con buenos y sólidos estudios. En tiempo de la Restauración el joven Duchatel figuraba ya en los grupos y pandillas que debían suministrar la segunda hornada de los doctrinarios. Entonces estudiaba las cuestiones rentísticas viviendo en la intimidad del baron Louis, y escribía en el *Globe*, que dirigía M. Dubois (del Loira Inferior), varios artículos de economía política que llamaron mucho la atención de todos los hombres pensadores. En 1823 publicó una obra sobre la *caridad*, que más tarde (1842) debía abrirle las puertas del Instituto, Academia de ciencias morales y políticas.

En este libro, que hoy se ha quedado muy atrás con los triunfos que han obtenido el libre cambio y las sociedades cooperativas, hay páginas, sin embargo, impregnadas del vivo interés que inspirará siempre el espectáculo de la miseria en las masas consagradas al trabajo manual.

Después de 1830, y gracias al baron Louis, M. Duchatel entró en el consejo de Estado, y fué uno de los comisarios reales delante de las Cámaras. Su edad no le permitía ser otra cosa. En 1833 salió diputado por el distrito de Jonzac, y en el año siguiente había conquistado ya tal influencia en la Cámara, que sus colegas le eligieron para redactar el informe del presupuesto del ministerio de Hacienda. Este informe, obra notabilísima, condujo á M. Duchatel al ministerio. Encargado en primer lugar del departamento del Comercio, pasó en 1836 al de Hacienda, y su administración se señaló por la creación de un fondo especial para los trabajos extraordinarios. El gabinete de que formaba parte cayó en 1837, y M. Duchatel fué nombrado vicepresidente de la Cámara de diputados. En calidad de tal tomó una parte muy activa en lo que se llamó la coalición, aquella conspiración de intereses y ambiciones chasqueados que puso á la monarquía de Julio á dos dedos de su pérdida. Luego entró en el gabinete del 12 de mayo de 1839, y por fin, en el del 29 de octubre de 1840, donde tuvo á su cargo el departamento del Interior, que conservó hasta 1848. La revolución que había creído imposible, le arrancó violentamente el poder de las manos, así como á su amigo M. Guizot, quien ha dicho de M. Duchatel con la alta autoridad de su palabra: «Era todo un hombre de honor en la acepción más estricta y elevada de la palabra; constantemente fiel á sus opiniones, á su causa, á sus amigos, no obstante los dispendios particulares que suelen producirse entre los amigos en la vida pública.»

Desde febrero de 1848, el conde Duchatel vivía en el retiro. No diremos que desapareció de la escena política sin sentimiento; pues cuando un hombre ha tocado á las grandes cuestiones morales y públicas, no se encierra gustoso en las cuestiones personales, y esto lo dice también M. Guizot, juez sobrado competente en estas materias. Al menos intelectualmente no se concentró en el sentimiento del pasado.

Frecuentaba asiduamente el Instituto de que formaba parte como miembro de la Academia de ciencias morales y políticas y como miembro de la Academia de Bellas-arts, y en esta última sección se complacía en tratar con los maestros, cuyo talento había fomentado en otra época. La galería del conde Duchatel es célebre hace tiempo entre los que aprecian las obras de los artistas contemporáneos.

J. B.

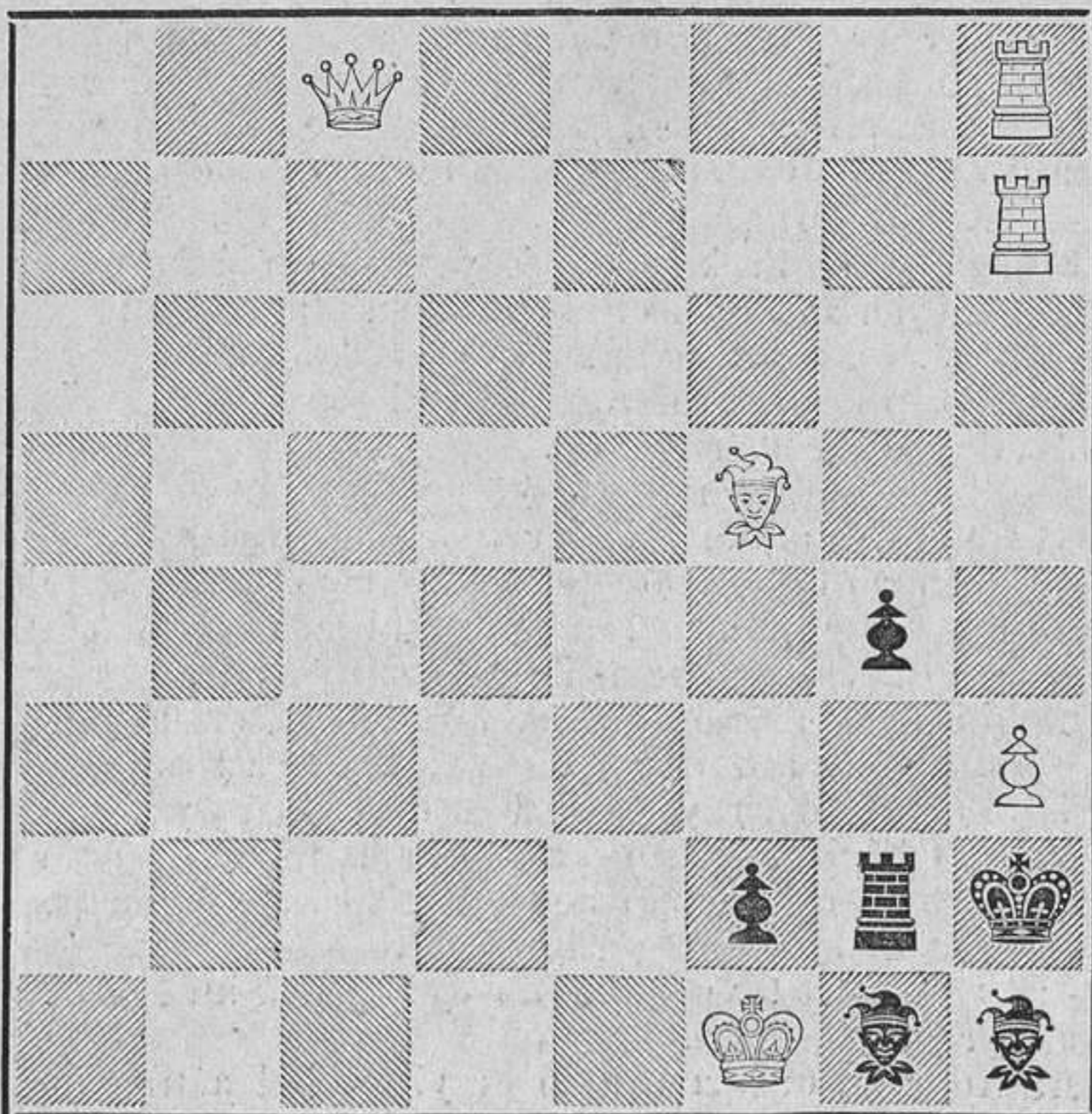
Problemas de ajedrez.

Solución del número 251.

- | | |
|----------------------------------|------------------|
| 1 P toma A | T 3ª TRª |
| 2 C 6ª CRª | T toma C ó juega |
| 3 Ra 1ª TRª ó toma C jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 252, POR M. SAMUEL LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.